"DERECHO VIEJO"

a la evolución — destino de hombre

"Gloria Dei, homo vivens" (La Gloria de Dios es el hombre viviente)

Lejos del mundo. Cerca de los hombres

Año 7 N° 74 Un periódico para leer Enero 2008

Unicamente si desaparece lo múltiple, es decir el mundo del yo, podrá alzarse la plenitud que somos en nuestro ser esencial

K. G. Dürckheim

La plenitud se encuentra en el aquí y el ahora: está oculta. La visión beatífica es la experiencia de nacer y morir como proceso de la vida divina (respiración de Dios).

Willigis Jäger

¿Yo también quiero abandonarlo?

La transición de lo personal a lo universal no implica una pérdida de identidad, sino, más bien, una mayor individualidad; tal como el hombre lo entiende, la personalidad está llena de limitaciones. Si los discípulos hubieran conservado a Jesús de Nazareth, no habrían accedido al Cristo de Dios.
"Les conviene que yo me vaya..."

La unión de los opuestos es imprescindible para poder llegar a unificar en la experiencia el concepto:
"verdadero Dios y verdadero hombre".

El que construye sobre el Hijo, construye sobre la roca. El medio más seguro de adherirnos a esa roca es aferrarnos a la cruz, y ser clavados con Cristo en la cruz. Al aferrarnos a Él, que es piedra viva, también nosotros nos haremos piedras vivas

"Orar no es hablar a Dios,
sino oir cómo Dios me habla.
Orar no es suplicar a Dios,
sino recibir lo que Él quiera darme.
Orar no es ser escuchado por Dios,
sino escuchar cómo Dios me ora.
Orar no es pedir perdón a Dios,
sino abrirme a lo que Él me propone.
Orar no es ofrecerme a Dios.,
sino acogerlo a Él en la ofrenda
que Él me hace de Sí.
Orar es morir y resucitar".

L. Évely

Nos cuesta ejercer el Ser. Nos resulta difícil, por poco frecuentado, realizar el simple hecho de Ser. La mente nos deslumbra con cosas urgentes e impactantes, fundamentalmente con lo diverso. El Ser es monotemático. Al principio aburre. Nos cuesta creer que el Uno es más que el dos.
Nada desconcierta más que saber y ser. La mente nos lleva por un torbellino de ansiedades e impaciencias, experiencias nuevas, pero siempre inevitablemente frustrantes.
El Ser observa y espera su turno.

Primero se experimenta lo trascendente; luego se decide la búsqueda; somos consolados y preparados para iniciar el camino. Tendremos que superar un período de dudas, para llegar a la conclusión y aceptación de la muerte (vaciarnos, desapegarnos); en la medida en que nos vaciamos, nos vamos transformando (resurrección). Si la espiritualidad es sana, siempre nos remitirá a la comunidad espiritual; y de allí nos proyectaremos a la comunidad de superficie.

Estar en el Padre en Espíritu y en Verdad

EDITORIAL

Los sentidos exteriores confirman la separatividad

Escribe: **Camilo Guerra**

El rastreo, descubrimiento e incorporación consciente de la Providencia en nuestra vida espiritual, es una batalla determinante. El ego nos programó ocultándonos el poder y la existencia de la Providencia. Nos colocó los becerros de oro de la suerte, del destino, de la casualidad, de la genética, de lo paranormal; todos ídolos que nos llevaban indefectiblemente a sentirnos totalmente en manos de un azar indolente. Esta programación nos hacía esperar siempre y en cualquier momento un cachetazo porque sí, porque se dio así; o también nos hacía sacar a último momento un as de la manga que nos transformaba en triunfadores sin méritos y sin esfuerzo. ¡Cuánto tiempo navegamos en agua de nuestra propia bañera, pensando que estábamos en un mar desconocido, cuyas olas nos iban a hacer naufragar o por el contrario nos iban a llevar a costas exóticas, en las cuales nos recibirían nativos deseosos de agasajarnos. Hemos confundido la imaginación, que es legítima, con la fantasía que es un producto ilegítimo, nacido en una mente curiosa pero no interesada.

Parece que una de las leyes primeras es que todos "somos uno"; esto es fácil de decir pero difícil de experimentar. La ilusión de separatividad es la fuerza más importante que tiene el ego. Es el argumento falso sobre el cual se apoya todo el andamiaje del ego. Contra la muralla que crea esta ilusión se crean los intentos del yo profundo, de lo esencial, tendientes a que vivamos la unidad. El secreto místico más importante de todos los tiempos y lugares es que solamente existe un Ser (Dios). Dios no es un Ser, sino que es El Ser; y nosotros somos manifestaciones del Ser, como si dijéramos rayos de ese sol. Los sentidos se han convertido en servidores del ego y sus informaciones nos confirman en la ilusión de separatividad (yo veo otro hombre, que no soy yo). Si cerramos los ojos sería un poco más fácil aceptar que todos somos uno. La solución es despertar los sentidos internos que son leales al yo profundo y nos darán la información correcta.

La identificación con la mente es nuestra tragedia. La mente nos manda invariablemente al pasado y al futuro, evitando el presente. Si yo me identifico con la mente, que me pasea de lo que fue a lo que puede ser, pasaré mi vida en aprontes y partidas: el miedo por lo que me pueda ocurrir y la sensación de culpa por lo que ocurrió me mantendrán ocupado, y mi vida se deslizará inevitablemente sin poder llegar a la profundidad del Ser. Un pasado sin perdón y un futuro sin Providencia ocuparán mi existencia, y mi vida será una parodia de lo que debería haber sido.

Existe un plano de conciencia que compartimos y en el cual logramos la unidad. Vivimos en un mundo hipnotizado que considera al dos mayor que al uno. La única forma de adelantar en esa concienciación es mejorar cada uno en la medida de sus posibilidades (que son infinitas), formamos parte de una sola conciencia, lo entendamos o no lo entendamos. Todos los intentos han quedado en intentos porque el ego copó todas las posibles revoluciones. Sólo una es factible y es la que duerme dentro de cada uno. **"El Reino está en el interior de cada uno".**

> "Por como me percibo a vivir una auténtica experiencia del Ser, me siento separado de Él, y sin embargo, comprometido y protegido por Él. Me siento fuera de mí mismo, y sin embargo en mí mismo como nunca antes. Ese fuera del cual yo estoy y ese en el que estoy en tales momentos, no son idénticos. Pero los dos coinciden en mí y en todo"
>
> **K. G. Dürckheim**

Mis hermanos los pájaros

Por **Noemí del Vecchio**

Cuando me despierto por la madrugada, no me levanto enseguida; comienzo por oír la voz de la naturaleza y de la vida. Sobre todo me gusta disfrutar escuchando el lenguaje de los pájaros. Por allí escucho uno que canta simplemente expresando su alegría de existir y de ser. Canta porque es feliz de vivir y de percibir la energía divina que lo recorre. Observo que la misma energía divina me recorre a mí en cada célula de mi cuerpo y yo también me contagio de la felicidad que emana de su canto. Más lejos siento a una madre que llama a su pichón, igual a como nuestras madres nos llamaban para alertarnos sobre posibles peligros.

Pero... también oigo a dos pájaros discutiendo acaloradamente, me divierto comparándolo con los seres humanos que discuten y discuten... solamente para gastar energías.

Más cerca, dos enamorados pían en su vuelo revoltoso y magnético; y se distingue claramente el canto dulce y melancólico del solitario que llama a su amada que ya no está, pero que es, igual a aquellos trovadores románticos que alguna vez hubieron.

Mis hermanos pájaros me enseñan a ser simplemente feliz. Dios provee a todas sus necesidades, puesto que viven en armonía con todo cuanto les rodea. Del mismo modo proveería también a todas las nuestras, si sencillamente le dejáramos hacer; si no lo interfiriéramos... si nuestra vida fuera simple... si sólo fuésemos espontáneos y alegres como mis hermanos los pájaros...

Extraído de *Soliloquios metafísicos*

Equipo

Directores:
Dr. Camilo Guerra
Dr. Sebastián Guerra

Secretario de Redacción
Federico Guerra

Colaboradores Especiales
Mons. Raúl Trotz
Rdo.Hno. Eugenio Magdaleno
Dr. Alberto Luis Ponzo
Dr. Maximiliano Péjkovich

Siempre con nosotros:
Salomón Krigun
Ezio Lavarino

Departamento de Publicidad
Matilde Guerra

Edición
Marta Ponce

Diseño y Diagramación
Derecho Viejo

Dirección y Correspondencia
Almafuerte 2629 - Castelar
(CP. 1712)
Tel: 4627-8486 4629-6086
e-mail:
derechoviejo@speedy.com.ar

En estas direcciones puede retirar «Derecho Viejo»

Capital Federal

Librería Claretiana - Lima 1360 - Rodriguez Peña 898 - Aráoz 2968
Librería Marista - Callao 224
Librería Patria Grande - Rivadavia 6369
Librería La Guadalupita - Av. Avellaneda 3918
Cobla Electricidad - Av. Gaona 1623, Caballito - Av. Nazca 2732
Maxikiosco - Lacarra 808
Librería Brujas - Rodríguez Peña 429
Librería Huemul - Av. Santa Fe 2237
Librería Católica "Acción"- Solís 282
Centro Médico Versalles - Juan B. Justo 9350
Consultorios Médicos - Matheu 2139
El Jardín de los Ángeles - Av. Corrientes 1680 1º Piso
Libros "de Ayer.com" - Av. Elcano 2948 - Billinghurst 1111
Librería Barnie - Montevideo 295
Dietética Alice - Balbín 3715

Gran Buenos Aires

Librería Claretiana - Ignacio Arieta 3045 - **S. Justo -**
Librería Claretiana - H. Irigoyen 8833-**L. de Zamora**
"Bonafide" -Manzone 817 - **Acassuso**
Librería "La Cueva" - Av. San Martín 2651 - **Caseros**
Librería"Santa Teresita" - Zufriategui 830, Loc. 22, Gal. Centenario - **Ituzaingó**
"Parque Gas" - Av. San Martín 2435 - **Merlo**
Librería "Hadas" - Asconape 139 - **Moreno**
Centro Yoga Shamballa - Pueyrredón 56 - **Ramos Mejía**
Librería "San Francisco" - Sarmiento 1468 - **San Miguel**
Papelería comercial "Fabi" - Lamadrid 1793 - **Villa Ballester**
Biblioteca Popular de Olivos - Maipú 2901 - **Olivos**
Ortopedia Héctor Cazorla - Calle 101 Nº 588- **Berazategui**
Kiosco Marianito - Lorenzo Casei esq. Montevideo - **Luján**
Pedicuría - Galería 25 de Mayo, Loc. 5 - **Marcos Paz**
Casa López - Av. San Martín 3566- **Lomas del Mirador**
Biblioteca D.F. Sarmiento - España esq. Boccussi - **Florencio Varela**

San Antonio de Padua
Consul. Odontológico Dr. Jorge Merlo
Lambaré esq. Limay
Electricidad Padua - Belgrano 295
Kiosco "Hortensia" - Lambaré 1630
"Sin orillas" - Noguera 311 Loc. 4

Hurlingham
Dietética "La Pradera" - Jauretche 943
"Alimey" - Jauretche 1490
Cobla Electricidad - Av. Jauretche 933

Castelar
Cobla Electricidad - Av. Arias 3437 -
Librería La Recova -Martín Irigoyen 430
Video Time - Almafuerte 2411
Nva. Librería Alemana - Bmé. Mitre 2466
Librería "La Cueva" - I. Arias 2354 -
Mercería y Lencería "Zoe" - Santa Rosa 2011
Librería "Castelar" - Av. I. Arias 2378

Morón
Librería Claretiana San Martín 379
Almacén El Barquito- Belgrano 308
Librería Nuevo Mundo - Brown 1482
Casa Franceschino - Bme. Mitre 822

Tandil

Cobla Electricidad -
Av. Del Valle esq. Lisandro de la Torre

Neuquén

Morgana Libros - Av. Arrayanes 262
Loc. 8 - Villa La Angostura

Mar del Plata

José Cupertino - Catamarca 1645 -
Librería "Don Bosco" - Belgrano 4802

¿Qué significa la conciencia?

Por **Darío Lostado**

Para muchos, la palabra "conciencia" tiene una connotación de juez o fiscal acusador.

Conciencia es la capacidad que somos de ver, conocer y comprender.

Un acto no consciente no es un acto humano.

La acción propia de la conciencia es la atención, la observación.

Observar lo que pasa en mí y alrededor de mí. Ver y comprender que el que mira y observa es lo mirado y observado.

Si nos miramos y observamos con atención, nos daremos cuenta de que no hay dualidad de sujeto que observa y objeto observado, sino que es uno solo.

Si nuestra mirada se mantiene fija y silenciosa, llegaremos a darnos cuenta de que va desapareciendo tanto el sujeto que mira como lo mirado y queda solamente la mirada, la observación, la conciencia.

Eso somos: Conciencia, observación, atención.

La conciencia crea el mundo que conocemos. Mi mundo, el mundo que yo conozco, queda reducido a mi conciencia. Sin ella, ese mundo mío es nada.

No hay nada de mi mundo fuera de mi conciencia.

Yo soy conciencia.

Yo soy yo, en tanto y en cuanto soy consciente de mí o al menos, en cuanto tengo la capacidad de ser consciente de mí.

El drama humano consiste en que la mayoría de los hombres son conciencias inconscientes de sí mismas.

Quien es consciente de lo que le rodea, pero no es consciente de sí, es un ser sin solidez, sin arraigo, sin orientación definida, sin rumbo, sin norte.

Así entendemos perfectamente la enseñanza de Diógenes. Salió en pleno día a la plaza pública con una linterna encendida, buscando algo. Cuando le preguntaban qué buscaba él respondía: "Busco un hombre". "¿Cómo un hombre? ¿Acaso no está la plaza llena de hombres?". "No", respondía el sabio, "no veo ningún hombre consciente de sí mismo. Todos esos que caminan por la plaza no saben quiénes son".

Si no entendemos y no tenemos claro cuál es el sentido de la conciencia ¿cómo podemos saber qué hacemos, para qué estamos aquí y cuál es nuestro trabajo?

Busca la verdad de ti, en tu conciencia. Céntrate en ella por la meditación.

Los libros te ayudarán, te señalarán el camino. Pero solamente centrado en tu conciencia hallarás la luz de la verdad y la paz de la armonía.

No busques la luna en el charco de agua, sino en el cielo.

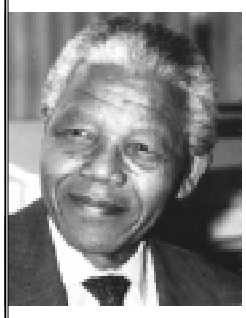
La conciencia no es la mente. Esta sólo es instrumento de aquella. Has de ir deshaciendo la maraña de tu mente, para centrarte en el foco de tu conciencia.

Tú eres tu conciencia, pero ella es participación de la Conciencia Suprema.

Nadie es malo en su conciencia, por lo cual tampoco es responsable de su maldad, directamente. Pero sí lo es indirectamente, por su inconsciencia.

No hay que insistir tanto en que las personas sean buenas sino en que sean conscientes. El mal reside siempre en la inconsciencia. Quien sea consciente de sí, jamás obrará mal.

Nuestro miedo más profundo



Nelson Mandela

Nuestro miedo más profundo no es ser ineptos...
Nuestro miedo más profundo es ser poderosos sin medida...
No es la oscuridad lo que nos asusta, sino la Luz...
Nos preguntamos ¿quién soy yo para ser brillante, encantador, talentoso, fantástico?
Es al revés ¿Quién soy yo para no serlo?
Somos hijos de Dios, al **fingirnos** poca cosa no servimos al mundo.
No hay iluminación en el reducirnos a tal punto que otros se sientan inseguros junto a nosotros.
Nacimos para hacer manifiesta la Gloria de Dios que existe dentro de Nosotros.
No sólo en algunos. **En todos.**
Cuando nos permitimos que nuestra luz brille, inconscientemente autorizamos a otros a hacer lo mismo.
Cuando nos liberamos de nuestro propio miedo, nuestra presencia libera automáticamente a otros.

En su discurso de asunción a la presidencia de Sud Africa 1994

¿Qué es la libertad?

Por
Thomas Merton

La mera capacidad de elegir entre el bien y el mal es el límite más bajo de la libertad, y lo único que hay de libre en ello es el hecho de que aún podemos escoger el bien.

En la medida en que somos libres para escoger el mal, no somos libres. Una mala elección destruye la libertad.

No podemos jamás elegir el mal como mal, sino sólo como un bien aparente. Pero cuando decidimos hacer algo que nos parece bueno, pero que en realidad no lo es, estamos haciendo algo que realmente no queremos hacer y, por tanto, no somos verdaderamente libres.

La perfecta libertad espiritual es la incapacidad total de hacer una mala elección. Cuando todo lo que deseamos es verdaderamente bueno, y toda elección no sólo aspira a ese bien, sino que lo alcanza, entonces somos libres, porque hacemos todo lo que queremos, y cada acto de nuestra voluntad acaba en una perfecta consumación.

La libertad, por consiguiente, no consiste en un equilibrio entre elecciones buenas y malas, sino en amar y aceptar perfectamente lo que es realmente bueno y odiar y rechazar perfectamente lo que es malo, de modo que todo cuanto hacemos es bueno y nos hace felices, y rechazamos, negamos y hacemos caso omiso de toda posibilidad que pudiera llevarnos a la infelicidad, el autoengaño y el sufrimiento. Sólo es de verdad libre quien ha rechazado todo mal de un modo tan completo que es incapaz de desearlo.

Dios, en Quien no existe absolutamente ninguna sombra ni posibilidad de mal o de pecado, es infinitamente libre. De hecho, es la Libertad.

Sólo Su voluntad es indefectible. Cualquier otra libertad puede fallar y destruirse por una elección errónea. Toda libertad verdadera viene a nosotros como un don sobrenatural de Dios, como una participación en Su Libertad esencial por el Amor que infunde en nuestras almas, uniéndolas con Él primero en un consentimiento perfecto y, después, en una unión transformadora de voluntades.

La otra libertad, la pretendida libertad de nuestra naturaleza, es decir, la indiferencia con respecto a las elecciones buenas y malas, no es más que una capacidad, una posibilidad que espera ser transformada en realidad por la gracia, la voluntad y el amor sobrenatural de Dios.

Todo bien, toda perfección y toda felicidad se encuentran en la voluntad de Dios, que es infinitamente buena, perfecta y bienaventurada. Dado que la verdadera libertad significa la facultad de desear y escoger siempre, sin error ni defecto, lo que es realmente bueno, entonces la libertad sólo se puede encontrar en una unión y una sumisión perfectas a la voluntad de Dios. Si nuestra voluntad sigue a la Suya, alcanzará el mismo fin, reposará en la misma paz y estará llena de Su misma felicidad infinita.

Así pues, la definición más sencilla de libertad es "la facultad de hacer la voluntad de Dios". Tener la capacidad de resistirse a Su voluntad es no ser libre. En el pecado no hay verdadera libertad.

Hay ciertos bienes en lo que rodea el pecado: en los pecados de la carne existen, por ejemplo, los placeres de la carne. Pero estos placeres no son malos. Son buenos, son queridos por Dios; incluso cuando alguien disfruta de ellos de una manera que no corresponde a la voluntad de Dios, Él quiere todavía que se sientan esos goces. Pero, aun cuando los placeres en sí son buenos, es la dirección de la voluntad que los busca en circunstancias contrarias a la voluntad de Dios la que se hace mala. Y como esta dirección de la voluntad es mala, no puede lograr el objetivo que pretende y, por consiguiente, fracasa. En definitiva, podemos afirmar que no hay felicidad en ningún acto de pecado.

¡Insensatos! ¡Hemos hecho en realidad lo que no queríamos hacer! Dios nos ha dejado el placer, porque el placer forma también parte de su voluntad, pero hemos olvidado la felicidad que Él quería darnos con el placer, o tal vez la dicha mayor que Él nos tenía destinada sin el placer, más allá y por encima de él.

Nos hemos comido la cáscara y hemos tirado la naranja. Hemos guardado el papel, que no era nada más que una envoltura, y hemos tirado el estuche con el anillo y el diamante.

Y ahora que el placer –que siempre tiene un fin– se ha acabado, no nos queda nada de la felicidad que nos habría enriquecido para siempre. Si hubiéramos tomado (o rechazado) el placer como Dios quería, para nuestra felicidad, tendríamos todavía el placer al mismo tiempo que nuestra felicidad; estaría siempre con nosotros y nos acompañaría a todas partes por voluntad de Dios. Porque es imposible que una persona cuerda lamente seriamente un acto ejecutado de manera consciente en unión con la voluntad de Dios.

Así pues, la libertad es un talento dado por Dios, un instrumento de trabajo. Es la herramienta con que construimos nuestra vida, nuestra felicidad. No debemos sacrificar jamás nuestra verdadera libertad, porque si la sacrificamos, renunciamos al mismo Dios. Sólo hay que sacrificar la falsa espontaneidad del capricho, la pseudo-libertad del pecado. Tenemos que defender nuestra verdadera libertad con la vida misma, ya que es el elemento más precioso de nuestro ser. Es ella la que nos hace Personas, constituidas a imagen de Dios. La Iglesia, sociedad sobrenatural, tiene como una de sus principales funciones la de preservar nuestra libertad espiritual como hijos de Dios. ¡Qué pocos lo comprenden!

Extraído de *"Nuevas semillas de contemplación"*

En la reafirmación de un tema crítico...

Nos estamos refiriendo concretamente a la *posibilidad* del sacerdocio de las mujeres. Esta cuestión permaneció casi del todo dormida durante numerosas centurias, para despertarse con marcado dinamismo en la segunda mitad del siglo XX.

En esa oportunidad, se suscitó acerca de tan importante tema una fuerte corriente de investigación, que continúa activa, en el campo psicológico, filosófico, histórico y, sobre todo, en el teológico y bíblico.

En las últimas tres décadas, y en lo que va de la actual, se han publicado variados estudios cuya conclusión final coincide en afirmar que en la Tradición y en las Escrituras *no existen razones válidas* para impedir el acceso de las mujeres al sacramento del orden sagrado.

Más aún, no faltan motivos para aseverar la *conveniencia* (por no decir la necesidad) de que mujeres investidas del sacerdocio se desempeñen –a la par de los ministros varones– en la urgente tarea de evangelizar nuestro mundo cada vez más paganizado.

Así fue justamente en el primer siglo del cristianismo, cuando los *apóstoles* –entre los cuales también se alistaban *mujeres* con idénticos roles– comenzaron bajo la especial asistencia del Espíritu Santo la increíble misión de transformar una sociedad, dominada por ideas aberrantes y costumbres relajadas, en otra muy diferente, regida por la doctrina del evangelio.

En ese período estaba aún fresco el recuerdo del divino fundador de la Iglesia y seguían resonando los ecos de sus enseñanzas, recomendaciones y deseos… Entonces, sin embargo, no se tuvo ningún reparo –en cuanto al género o sexo– en la designación de los sagrados ministros que se encargaban de implantar y dirigir los núcleos cristianos en los diversos países. Trabajaban conjuntamente varones y mujeres, sin ninguna discriminación, en total fidelidad al pensamiento y a la praxis habitual de Cristo.

Pero este ordenamiento establecido en la Iglesia primitiva –por el cual los sagrados cargos eran compartidos por ambos géneros– sufrió hacia finales del segundo siglo un lamentable quiebre, y las mujeres fueron desapareciendo de las filas de los ministros jerárquicos. Evidente resultado de una decisión "humana", tomada sin duda por varones. Decisión relativamente fácil en una cultura social que era poco propicia a la intervención femenina en espacios públicos de poder y responsabilidad. Mentalidad que se mantiene todavía arraigada en algunos estamentos eclesiales.

Después de aquel suceso, con el correr de los siglos, se fue afianzando la *presunción* de que las mujeres habían sido excluidas del orden sacerdotal por una decisión divina… A lo cual contribuyó en gran medida, la deficiente y anacrónica interpretación del relato evangélico de la institución de los "Doce" (cfr. Marcos 3, 13-19 y lugares paralelos). Al interpretar ese pasaje, para nada se tuvo en cuenta su carácter predominantemente *alegórico y simbólico*, lo cual acarreó en lo sucesivo una secuela de confusiones e incluso medidas de signo negativo.

En la actualidad, comienza a vislumbrarse un atisbo de esperanza de que se revierta, con la ayuda de Dios, esa anómala situación respecto del género femenino, y pueda ser restablecida en nuestra querida Iglesia la plena colaboración de hombres y mujeres en todos los niveles del ministerio apostólico. Los fieles y el mundo lo agradecerán.

Pero abordemos ya el *preciso objetivo* de esta sencilla exposición. Desde hace tiempo han sido elaboradas y publicadas por competentes investigadores cristianos, de nuestro país y del extranjero, las *sólidas argumentaciones* a favor de la tesis en cuestión. En general, es poco lo que puede agregarse. Con todo, recogemos en las líneas siguientes algunas reflexiones –a modo de *inadvertidas migajas*– que pueden *contribuir* en cierta medida con el fuerte valor probatorio de los argumentos que esgrimen los autores antes aludidos, y que hemos tenido oportunidad de exponer en otras publicaciones.

Ahora reflexionemos acerca de sendas situaciones del *matrimonio* y del *bautismo*, como también sobre el concepto del *sacerdocio común* de los fieles. Se trata de *tres sugerentes temas*, que la Iglesia Católica ha avalado siempre, a la luz de una doctrina tradicional, *abierta y positiva*. Pues bien, con tal doctrina no concuerdan cómodamente los documentos de las últimas décadas que insisten en excluir a las *mujeres* del sacramento del orden.

Y lo curioso del caso consiste en que ellas no son rechazadas –por lo menos de manera declarada y franca– en razón de tal o cual característica psicológica que supuestamente puede atribuírseles, sino por el único motivo de ser mujeres… ¡Como si, para los efectos del orden sagrado, pertenecieran a otra especie de seres!).

Pero prosigamos con nuestro esfuerzo investigativo.

a) *Consideración acerca del matrimonio*. En la doctrina común y corriente de este sacramento se dan ciertas *particularidades* que coadyuvan a poner en tela de juicio los documentos que acabamos de mencionar. En efecto, sobre la base de que el matrimonio entre dos cristianos es contraído esencialmente por el recíproco consentimiento que el hombre y la mujer se otorgan al formalizarlo, se deduce que ambos contrayentes *se administran mutuamente* el sacramento del matrimonio. Ellos son los *verdaderos ministros*, mientras que el sacerdote que preside la celebración litúrgica es sólo un testigo, aunque necesario por disciplina eclesiástica.

Y aquí nos encontramos frente a la figura de la *mujer* como *ministro de un sacramento*, en colaboración con su consorte… Si una mujer puede ser causa eficiente de esa realidad sobrenatural que es el sacramento del matrimonio (aunque se trate del suyo propio), ¿resulta fácilmente comprensible que –por ser mujer– se le niegue rotundamente toda capacidad receptiva para ser investida del sacramento del orden sagrado?...

El mismo Dios es autor tanto de la mujer como del matrimonio. Él ha hecho que ella sea como es, y, por otra parte, que este sacramento se componga de una determinada estructura. Ahora bien, si la doctrina de la Iglesia –interpretando esas realidades– enseña que la mujer *administra* (=es ministro de) su propio matrimonio, ¿quién puede entender que –soslayando este significativo antecedente– se afirme de modo tan absoluto la incapacidad de la mujer para *recibir y ejercer* el orden sagrado? Estas dos actitudes avanzan con bastante claridad en dirección contraria…

b) *Reflexionando sobre el bautismo*. En caso de necesidad, cualquier persona con uso de razón (sea clérigo, laico, varón, *mujer*, cristiano, judío, mahometano, infiel) *administra* válidamente el bautismo, si con ello quiere hacer lo que hace la Iglesia Católica y observa las condiciones esenciales.

El bautismo, según la doctrina de Jesús, es el medio normal para nuestra salvación, nos concede la gracia santificante, fundamenta toda nuestra vida cristiana y nos abre la puerta del cielo… ¡Realidad sacra y sobrenatural como pocas! Y sin embargo, en el caso, también puede administrarlo una *mujer*, la cual se desempeña de hecho como un sacerdote o un diácono, y obra en nombre y representación de la Iglesia y, por lo tanto, con carácter público, aunque esté actuando en una humilde choza y en total soledad…

Pero con esta medida tan positiva, avalada por la tradición secular de la Iglesia, que habilita a cualquier mujer –creyente o agnóstica, santa o pecadora– para efectuar una acción sagrada y sobrenatural como es la administración del bautismo, ¿de qué modo se armoniza la otra idea tan negativa según la cual ninguna mujer por el *solo hecho de ser mujer*, puede recibir el sacramento del orden que le permitiría ejercer las sagradas funciones? ¡Rara discordancia, difícil de entender y de explicar!

Lo que se expresa sobre el género femenino en este caso de *particular necesidad*, vale también, y con mayor razón, para los innumerables grupos de mujeres, comisionadas por la autoridad eclesiástica a fin de que administren el bautismo en múltiples regiones del mundo.

c) *¿Y qué nos sugiere el sacerdocio común de los fieles?* La doctrina católica acerca de este tema ofrece –al igual que los dos casos anteriores– un sesgo netamente favorable a la posibilidad del sacerdocio femenino.

En efecto, según los postulados de esta doctrina, Jesucristo, sumo sacerdote de la religión cristiana, ha dispuesto que *todos* los miembros de la Iglesia *participen, por medio del bautismo*, de su supremo sacerdocio. De esta manera, cualquier cristiano, sea hombre o mujer, deviene *verdadero sacerdote*, y debe desempeñarse como tal de acuerdo con su cometido.

El Señor asimismo ha establecido que algunos bautizados participen de un *modo especial* de su sacerdocio, mediante el sacramento del *orden*, para que así lleguen a ser *sacerdotes ministeriales* o jerárquicos. Aunque este sacerdocio *ordenado* sea diferente –no sólo en grado– del sacerdocio común de los fieles, el uno y el otro, sin embargo, pertenecen al *mismo género* sacerdotal, ya que son una *real participación* del único sacerdocio de Cristo.

Por lo tanto, *toda mujer* recibe con el bautismo un *sacerdocio auténtico* y, estando así dotada, ¿cómo puede compaginarse con ese *antecedente* egregio y sobrenatural, la otra idea (negativa y adversa) según la cual a la mujer, por ser mujer, se le impide la posibilidad de recibir oportunamente el sacramento del orden?

Si, como sucede, se acepta *también para las mujeres* el sacerdocio común (fruto directo del carácter bautismal que nos configura con Cristo), ¿en virtud de qué misterioso motivo (¡quizá no tan misterioso!) habría que oponerse a la posibilidad de que ellas –supuestas las condiciones requeridas– enriquezcan su apostolado recibiendo el sacramento del orden?

Mantenerse en la oposición equivale a levantar vallas al impulso del Espíritu Santo e impedir el movimiento propio y el desarrollo de la gracia sacerdotal radicada en el alma.

Se repiten las alarmas que nos alertan sobre la necesidad urgente de una nueva evangelización. Es el momento de incrementar fuerzas y de valernos de los legítimos medios que se ofrezcan para una tan necesaria misión. Uno de los medios (no el único, pero sí trascendental) puede consistir en sumar a la acción del clero un aporte del mundo femenino que no se limite a acrecentar y organizar la *enorme y paciente colaboración* que, a través de los siglos, sus miembros vienen ofrendando a la Iglesia, sino que, *avanzando un paso más*, se facilite a algunas mujeres –de acuerdo con sus condiciones vocacionales– el ingreso en el orden sagrado.

Ésa sería una colaboración extraordinariamente eficaz, tanto por el poder sobrenatural del sacramento recibido, cuanto por las dotes de moderación, delicadeza, ternura, empatía e intuición que –a pesar de los cambios producidos– siguen siendo en general características del género femenino que se conjugan positivamente con la condición sacerdotal[1].

Notas

[1] Notemos que Juan Pablo II, de venerable memoria, en septiembre de 1995, en un discurso con ocasión de una particular circunstancia, pronunció a modo de desafío, estos significativos interrogantes respecto de las mujeres: **"¿Quién se imagina la enorme ventaja pastoral que habrá de ocurrir, y qué renovada belleza adornará el rostro de la Iglesia cuando el *genio femenino* llene todas las áreas de su actividad?".**

Vale la pena tener en cuenta el *magnífico y optimista* concepto que el Santo Padre fomentaba acerca de la eficacia de la actividad de las mujeres en el ámbito eclesial.

Autor: **Rodolfo Canitano**

Nuestros amigos los sacerdotes

Por **Salvador Freixedo**

Tanto el laico como el sacerdote podríamos decir que son desde cierta óptica víctimas de la estructura de la Iglesia. El sacerdote es una víctima de un método, de una estructura, de una concepción de Iglesia. Pero al mismo tiempo que el sacerdote es una víctima, es también un victimario. Es el principal causante de que el laicado católico se encuentre en el estado en que se encuentra. Sin embargo, si reflexionamos sobre cuál ha sido la formación del sacerdote, veremos que este, su papel de victimario, no es más que una lógica consecuencia de aquella.

El sacerdote ha sido sometido a un proceso concienzudo, al mismo tiempo que inconsciente, de deshumanización. Podríamos decir, que en algunos aspectos ha sido específicamente preparado para que no pueda desempeñar las funciones que de él se esperan. Se espera que se mezcle con el pueblo, y se le da toda una educación separada del pueblo, aislado. Se espera que se mezcle con el pueblo humilde especialmente, y se le da una educación eminentemente burguesa. Se espera que trate con un pueblo que de ordinario no tiene una gran cultura, y toda su formación es en base de libros, de una metafísica muchas veces rebuscada, ajena, las más de las veces a las cosas del mundo de superficie. Se espera que trate con un pueblo sacramentalizado en exceso, y toda su formación pastoral gira alrededor de los sacramentos; se hace teóricamente del sacerdote una buena máquina administradora de sacramentos. Se espera que trate con un pueblo en su mayoría humilde, y todas sus ceremonias, comenzando por su propio ropaje, huelen a pompa y riqueza. Se espera que sea paciente, comprensivo, paternal, tolerante, y muchas veces su aislamiento de años junto con su celibato van desarrollándole una psicología de soltero áspero y refunfuñón, inclinado al exabrupto y al regaño.

La Iglesia está hoy en crisis; no se puede negar. Colocada en medio de una sociedad que está padeciendo profundísimos cambios, la Iglesia no puede sustraerse a ellos. (Si no estuviese en crisis, ello constituiría un signo de alienación mucho más peligroso que la actual crisis.) No es, por tanto, de extrañar que si la Iglesia está en crisis, el sacerdocio, que está en el corazón de la Iglesia, esté también en crisis.

Ahora bien, una de las causas más fuertes de esta crisis general de los sacerdotes de nuestros tiempos, la constituye el mismo sacerdocio: **¿Qué es hoy el sacerdote en la Iglesia? ¿Cuál es el fin de esta institución en medio de una sociedad autónoma y desacralizada? ¿Cuál es el actuar concreto y diario de un sacerdote en tanta variedad de ambientes como actualmente hay en el seno de una sola parroquia?**

El sacerdote, hoy, está confuso. No sabe exactamente qué es ni para qué es, ni cómo ser. Estamos en una curva de la historia, que más que curva está tomando las características de vórtice. Todo gira vertiginosamente. Y cuando todas las bases y todos los fundamentos de la estructura social y religiosa están rehaciéndose, es natural que el sacerdote, que por oficio se encuentra en el mismo corazón de ese vórtice, esté también confuso, se sienta incómodo, no sepa qué dirección tomar. Es indudable que nuestros tiempos son muy interesantes, pero es también innegable, que son muy difíciles.

Deberían recordar y tener siempre presente que Jesucristo no es el Señor de los tiempos idos, ni de los tiempos por venir, sino que es el Señor de la Eternidad.

En la realidad muchos sacerdotes de hoy en día, son "hombres a presión", hostigados en lo externo y atormentados en lo interno, confusos, desalentados y pensando adónde ir. Porque si a lo dicho añadimos, que aquellos que más deberían ayudarlo, sus superiores, sus párrocos, sus obispos, muchas veces no tienen con ellos unas relaciones de verdadera fraternidad, no dialogan con ellos, no intuyen sus conflictos, no les permiten que se desahoguen por no haber suficiente confianza, y los dejan que año tras año se debatan en sus angustias; no habrá que extrañarse que muchos, al cabo de un tiempo, se sientan desfallecer debajo de esa cruz, y abandonen el ministerio. Muchísimos de ellos, siguen dispuestos, aún después de este paso, a darse a los demás, a ayudar, a cooperar; pero no enmarcados en una estructura que ya se les ha hecho asfixiante.

Si bien uno de los grandes problemas del sacerdocio es el interés material, el principal de los males que aqueja al clero es su desinterés o desinformación por lo espiritual. Desinterés por conocer personalmente a cada uno de sus fieles (los cuales le han sido confiados, no por la estructura de la Iglesia, sino por Dios mismo); desinterés por conocer los problemas de estos fieles, desinterés por ayudarlos en todas sus dificultades, desinterés por visitarlos y fundamentalmente desinterés e ignorancia con respecto a introducirlos en el mundo de profundidad espiritual.

Daría la impresión que la Iglesia de superficie ha quedado atrapada en la superficie.

¿Es necesario ordenar como sacerdotes a las mujeres?

Un tema actual de sociedad que resurge sin cesar, un campo de trabajo crucial para la Iglesia del siglo XXI: el lugar de las mujeres en el catolicismo. Como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Ratzinger había cerrado la puerta a cualquier evolución hacia un acceso de las mujeres a los ministerios ordenados. Salvo sobre la cuestión de la ordenación de los hombres casados, es dudoso que el papa Benedicto XVI haga un viraje de 180 grados sobre estos temas. Aunque, vuelvo a decirlo, acceder a las responsabilidades supremas puede cambiar a un hombre, liberarlo, reorientar su mirada hacia un horizonte más amplio y lejano.

Nunca acabé de entender por qué Juan Pablo II y el cardenal Ratzinger habían afirmado que la Iglesia nunca ordenaría a las mujeres. Tal afirmación supone que esta práctica no sería conforme a la sustancia misma de la fe cristiana. Sin embargo, los que toman tales decisiones, sean cuales fueren sus eminentes funciones, nunca han facilitado un solo argumento teológico decisivo que demuestre que el acceso de las mujeres al sacerdocio sería contrario a la fe.

El principal argumento que se avanza es que Jesús no escogió a ninguna mujer entre sus apóstoles, cuando de hecho vivía rodeado de ellas. En mi opinión dicho argumento no tiene nada de teológico, sino que pertenece más bien al campo de la sociología. Según las costumbres de la época, en efecto, ya fuese entre los judíos, los griegos o los romanos, las mujeres no ejercían ninguna función oficial. Sin embargo, como es sabido, estas costumbres provienen de una mentalidad machista vinculada al dominio del modelo patriarcal. Se considera al hombre como ser superior a la mujer, más racional y único capaz de gobernar o de enseñar.

En un contexto así no es concebible que Jesús, por libre que fuera, contraviniese una costumbre tan arraigada en todos los países de la cuenca mediterránea. Eso habría suscitado demasiada incomprensión. Pero tampoco se entiende por qué en la actualidad, con lo que han evolucionado las mentalidades a este respecto, la Iglesia ha de permanecer fiel a tal prejuicio.

Efectivamente, ¿quién podrá seguir sosteniendo que la mujer es inferior al hombre o bien incapaz de enseñar y de gobernar? En el curso de los últimos decenios hemos asistido a una verdadera revolución cultural que ha permitido a numerosas mujeres acceder felizmente a las más altas responsabilidades: no hay más que pensar en Indira Gandhi en India, Margaret Thatcher en Gran Bretaña o Benazir Bhuto en Pakistán. En cuanto a la enseñanza teológica, las facultades protestantes vienen demostrando desde hace mucho tiempo que disponen de excelentes teólogas laicas o miembros de la jerarquía.

Al decir esto no estoy negando en absoluto que puedan existir diferencias ontológicas entre el hombre y la mujer. Creo, en efecto, que la mujer se ve generalmente más llevada por la compasión, y que es más intuitiva, más afectiva, mientras que el hombre es más lógico y organizador. Pero esto no es nada sistemático, y del mismo modo que existen hombres muy intuitivos y compasivos existen también mujeres muy racionales y con remarcables dotes organizativas. Entonces, ¿por qué denegar a estas mujeres que sientan la vocación, y que tienen las capacidades necesarias, el acceso a los ministerios ordenados?

Todavía queda un último argumento para los defensores del sacerdocio únicamente masculino: Jesús era un hombre, y puesto que el sacerdote actúa *in persona christi*, no puede ser más que del mismo sexo que Cristo. Este argumento me parece del mismo orden que el precedente. Cristo, como segunda persona de la Trinidad, no tiene sexo masculino ni femenino. Jesús, en tanto que encarnación de esta persona divina, no podía tener más que un solo sexo. Teniendo en cuenta, una vez más, la mentalidad de la época, cuesta hacerse a la idea de cómo una mujer habría podido ser creíble y suscitar la adhesión de una multitud de discípulos (mujeres incluidas), impregnados de prejuicios antifemeninos. Por tanto, me parece evidente que la elección del sexo de Jesús es contingente y no proviene de ninguna necesidad teológica.

De este modo, la cuestión de la ordenación de las mujeres me parece solamente un problema de la evolución de las mentalidades. Es muy probable, y deseable en mi opinión, que la Iglesia evolucione sobre este punto en los próximos decenios.

Por Abbé Pierre - Textos extraídos de *"Dios mío... ¿Por qué?"*

La imagen de Iglesia: la "clásica" y la conciliar

En la concepción jerárquica clásica de la iglesia, ésta constituye una pirámide: Dios, Cristo, el papa, los obispos, los sacerdotes, los diáconos, los(as) religiosos(as) y, por último, los "laicos" (clasificados, a su vez, en hombres y, en último lugar, mujeres y niños).

Según esta imagen la iglesia viene dada por: 1) la preponderancia de una cristología, que olvida el papel del Espíritu en la base de la iglesia, absorbiéndolo en el de la sucesión apostólica de la jerarquía; 2) la función social de la infabilidad papal: el papa se convierte en el "representante de Cristo en la tierra".

El papel del Espíritu consiste en la apropiación, por parte de los creyentes, de lo que dice o decide la jerarquía, quedando excluidos del nivel en que se toman las decisiones oficiales y convirtiéndose en objeto de la pastoral.

Particularmente catastrófica resulta la desviación de la autoridad hacia la persona del papa. "El papa es personalmente infalible", se dice: una herejía que hasta ahora no ha sido condenada por el estamento oficial. Los infalibles son las decisiones papales o conciliares aceptadas en nombre de toda la comunidad eclesial a partir de exigencias de vital importancia para una fe conforme al evangelio. Entonces se expresa de un modo más o menos afortunado, la "verdad cristiana". Este hecho atestigua la asistencia del Espíritu Santo y en ningún caso ensalza la figura del papa. Quien pasa la infalibilidad a la persona del papa priva a las otras instancias institucionales de la iglesia –los obispos y la comunidad de fe– de su originaria autoridad cristiana.

El modelo del Vaticano II caracteriza a la iglesia como pueblo convocado por Dios, en el que todos los creyentes tienen el mismo rango: sujetos creyentes que viven del Espíritu. Sólo después de esta afirmación, habla el Concilio de determinados elementos que estructuran orgánicamente el pueblo de Dios. La diferenciación de ministerios que sigue a esta estructuración no atenta contra el derecho del pueblo de Dios, en cuanto sujeto de este ser-iglesia. Todos los ministerios están en función del servicio a este pueblo. El que el ministerio sea un carisma del Espíritu Santo no dice nada sobre cómo deben ser nombrados los portadores de la autoridad. "Lo que concierne a todos es asunto de todos" rezaba una antigua consigna eclesial.

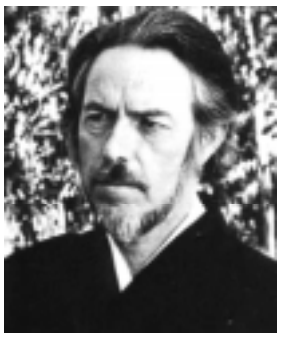
Edward Schillebeeckx

Jesús sirvió. *El clero preside*. Jesús enseñó. *Las iglesias predican*. Jesús perdonó y sanó. *Las iglesias condenan*. Jesús respetó a las mujeres. *Muchas iglesias adhieren a la subordinación de las mujeres*. Jesús transmitió paz y gozo. *Los cristianos pelean con avidez por la sucesión y el poder político*. El legalismo religioso que Jesús rechazó, se reinstaló rápidamente en la Iglesia.

Laurence Freeman, O.S.B

La identidad suprema

Escribe:
Alan Watts



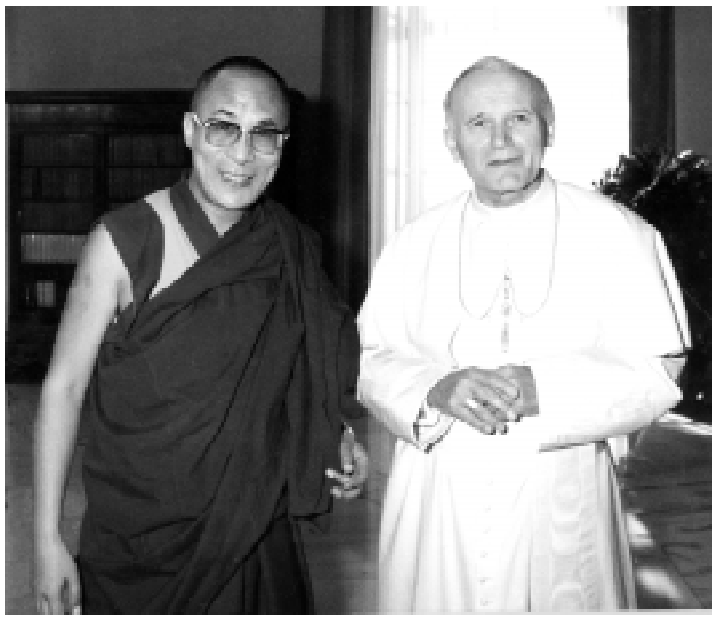
Debemos hacer frente a ciertos hechos tocantes al estado espiritual de nuestra civilización. Uno de ellos, demasiado obvio para que sea necesario ponerlo de relieve, es que en la práctica nuestras instituciones religiosas no proporcionan la sabiduría ni el poder para enfrentar a las categorías políticas, económicas y psicológicas en que nos encontramos viviendo. Apenas puede existir la menor duda de que, de seguir el camino que ha tomado, el resultado final de la «conquista de la naturaleza», el progreso científico y el imperialismo cultural del hombre de Occidente será un «estado último peor que el primero», peor que la supuesta barbarie con que comenzó la historia de Europa. Las condiciones actuales de la civilización occidental amenazan al mundo con peligros que pesan mucho más que sus muchas realizaciones y beneficios.

Otro hecho, mucho menos obvio, es que nuestra expansión cultural nos ha proporcionado, involuntariamente, una gran oportunidad espiritual. Al tratar de asegurar nuestra dominación política, económica y cultural sobre los pueblos de Asia, silenciosa pero poderosamente, el Oriente nos ha invadido en la esfera del espíritu. El pensamiento occidental empieza a sentir la influencia de lo que llamamos «filosofía y religión» orientales; sin embargo este hecho no nos preocupa en serio en tanto consideramos que su influencia se limita a unos pocos eruditos o a cultistas y snobs. No obstante, cada vez se habla más de la «contribución del antiguo Oriente a la cultura moderna». Pero aunque los occidentales de buen juicio están acordes en que hay algo que tenemos que aprender de la sabiduría oriental, la mayor parte opina que este algo es sólo un refinamiento de nuestro modo de vida, que es ya muy superior.

Es sorprendente la absoluta seguridad que tiene el hombre occidental de su superioridad espiritual y cultural, si consideramos que nuestro modo de vida parece conducirnos al desastre. Podríamos esperar esta actitud de los que no creen en el espíritu, de nuestros humanistas y racionalistas que consideran que el laicismo del mundo moderno es un bien; pero es realmente trágico descubrir la misma actitud en la mayoría de los conductores de la religión cristiana. En verdad, el temor y la incomprensión que muchos de ellos muestran hacia la sabiduría oriental es uno de los signos más importantes de nuestra debilidad y ceguera espirituales.

Ha llegado el momento en que los cristianos deben considerar seriamente las tradiciones espirituales de Asia, reconocer que su presencia entre nosotros es nada menos que providencial, comprender, y llegar a un acuerdo con ellas. Con esto no se pide ninguna alteración doctrinal del cristianismo, ni tampoco una «fusión de religiones en una fe común», pues tradiciones espirituales como el vedismo, el budismo y el taoísmo no son religiones en sentido estricto y no puede considerarse que hayan de competir con el cristianismo.

La sabiduría que Asia nos ofrece encierra no sólo la más profunda comprensión de la vida que puede tener el espíritu humano, sino también un conocimiento esencial al orden y a la cordura de la humanidad. En alguna de mis obras anteriores, especialmente en *Behold the Spirit*, he tratado de mostrar cómo esta sabiduría podría, por decirlo así, ser entretejida en la trama del cristianismo. He llegado a comprender, sin embargo, que este entretejimiento no es satisfactorio, pues «el hombre no ha de usar telas nuevas en vestiduras viejas». El cristianismo no necesita adiciones ni amplificaciones que provengan desde fuera, y sólo llevaría a la confusión el intento de incorporarle cualquier doctrina oriental, como si los dos tipos de doctrina fueran del mismo orden. Es como tratar de intercalar fragmentos de una sinfonía en medio de una danza. Lo adecuado es colocar a una al lado de la otra y relacionarlas por analogía en vez de mezclarlas.



A pesar de que en *Behold the Spirit* traté de evitar la mezcla distinguiendo entre la forma y el significado del dogma, el plan no tuvo éxito completo. Es tan general la suposición de que el significado del dogma corresponde ya a la teología, que dio que pensar que yo trataba de introducir una teología extraña, si no un dogma extraño. Muchos creyeron, por consiguiente, que la introducción de cierto tipo de misticismo en la estructura de la teología cristiana amenazaba romper esa estructura, aniquilar su esencial énfasis histórico y sacramental. Creo que esta crítica se justifica en cierto sentido.

Pero este tipo de confusión tiene una larga historia. No sólo en los últimos años hemos intentado comprender las tradiciones orientales como religiones y teologías comparables a las nuestras, intento que nos ofuscó por completo. También ocurre que ciertos residuos de estas tradiciones han penetrado en la teología cristiana, a través de las fuentes griegas, desde los tiempos más antiguos, sin haber sido nunca adecuadamente asimilados ni comprendidos. Por ejemplo, uno de esos residuos es el concepto estricto de *eternidad* como *intemporalidad*, y no como *perennidad*. Hemos tratado de incorporar éste y otros conceptos similares a nuestra teología, en el mismo marco de doctrina, sin comprender que esto es tratar de hablar dos idiomas completamente diferentes al mismo tiempo. Una teología que se ocupa de ideas dogmáticas, históricas y sacramentales es una aproximación a la realidad completamente distinta de un «misticismo metafísico». Los tipos de lenguaje no se pueden mezclar sin que se produzca una confusión sin remedio, confusión que se halla en la raíz de las mayores dificultades del pensamiento teológico. Además, el hecho de que el hombre occidental no haya percibido esta diferencia, es el resultado de una cierta «ceguera metafísica» que, como trataré de mostrar, es la debilidad más seria de nuestra civilización.

Hay un reino de sabiduría espiritual que la religión, tal como la conocemos, sólo puede expresar por *analogía*. Cuando tratamos de hablar de él más directamente, debemos ir más allá del lenguaje religioso, más allá de las formas de pensamiento que pueden usar legítimamente el dogma, el sacramento y la teología. Es una sabiduría que no choca con la religión ni la reemplaza, porque en cierto sentido está fuera de la esfera religiosa. Su jurisdicción es un misterio con el que la religión, como tal, no guarda relación directa, ni tampoco tiene sobre él una doctrina oficial, pues no es posible expresarlo directamente en lenguaje típicamente religioso. Pero aunque se encuentra más allá de la esfera religiosa, la religión lo interpreta como un bailarín interpreta la música. Sin embargo somos en general sordos para esta música y por ello la mayor parte de nosotros debemos confiar en la religión para lograr la única relación que podemos tener con ella en esta vida. No obstante, para que la danza que es la religión tenga espíritu y fuerza, al menos los que la dirigen deben percibir la melodía.

En sí misma esta sabiduría posee una gloria imposible de describir. Pero el único lenguaje humano que de alguna manera puede exponerla de un modo inteligible y directo es árido y frío en comparación con el lenguaje religioso. Es un lenguaje negativo que emplea conceptos difíciles de concebir, tales como los de lo estrictamente infinito y la eternidad. Trata de expresar aquella profundidad interior de la conciencia que no es accesible al pensamiento ni al sentimiento porque se halla detrás de ellos. Es el lenguaje usado en aquel texto fundamental del misticismo católico, la *Theologia Mystica* de San Dionisio, el lenguaje de aquella «*Nube de lo desconocido*», en que más allá del calor, la pasión y la confortación de las imágenes religiosas, la cima más elevada del ser del hombre toca lo infinito.

En este reino se trascienden, aunque no se destruyen, las distinciones religiosas y teológicas. Aquí el cristiano y el hindú hablan una lengua extraña, que no debemos confundir con la terminología de la teología oficial y las Escrituras.

Aún cuando este reino puede resultar difícil y oscuro por exceso de luz, no es un sendero exótico del espíritu que carezca de importancia para el conjunto de la humanidad. Por el contrario, aquí el hombre comprende efectivamente su sentido y su destino últimos. El número relativamente pequeño que alguna vez alcanza este punto nos asegura a los demás la eterna cordura.

Está espiritualmente muerta la sociedad o la iglesia que no les concede una posición central, que teme su doctrina y oculta su luz.

Aunque esta sabiduría prevalece en Asia mucho menos de lo que se supone, por lo menos es (o era) respetada. Pero en nuestros círculos eclesiásticos generalmente se considera excéntricos y algo locos, y a veces herejes peligrosos, a los que muestran algún interés por ella.

Cuando la religión ignora este centro vital de la vida espiritual del hombre y lo considera excéntrico, la Iglesia cae necesariamente en la impotencia y la desunión. Pierde su verdadero centro. Así los cristianos tratan ahora de lograr la reunión y restaurar el poder espiritual de la Iglesia mediante un remolino de actividad que sólo afecta a la periferia de las cosas. Esta actividad puede ser importante y necesaria, pero, cuando no se relaciona con el centro vital es casi completamente inútil. No existe aquella certidumbre metafísica y aquel sentimiento profundo de la proporción y el sentido, sin los males, los problemas de la teología y la moral que dividen a los cristianos entre sí y del resto del mundo, y estos no se pueden ver en su verdadera luz.

Es muy difícil explicar esta sabiduría con palabras que no se confundan con los «*ismos*» teológicos y filosóficos con los que no guarda ninguna semejanza. En realidad es tan difícil expresarla de alguna manera al escribir, que quien trata de hacerlo sólo puede lograr la conciencia de los defectos de su esfuerzo. Pero la tragedia de los cristianos confundidos, debilitados y sinceramente alarmados, que desconocen la fuente esencial de la fuerza espiritual, hace necesario este intento. Yo no pretendo haber expresado adecuadamente este misterio último ni haber resuelto los problemas numerosos y difíciles de su relación con la Iglesia y la sociedad. Sería imposible que en el curso de su vida un hombre cumpliera esta tarea, y así ofrezco mi trabajo para que otros puedan seguir adelante. Nadie debe considerar que una determinada comprensión de estas cuestiones sea una conquista que le pertenezca en propiedad.

Yo no creo que sea virtud necesaria al filósofo pasar toda su vida defendiendo una posición consecuente. Seguramente implica cierto orgullo espiritual abstenerse de «pensar en voz alta», y no estar dispuesto a publicar una tesis hasta no estar preparado para defenderla hasta la muerte. La filosofía, como la ciencia, es una función social, pues el hombre aislado no puede pensar rectamente, y el filósofo debe publicar su pensamiento, tanto para aprender de la crítica como para contribuir al conjunto del saber.

Teseo y el Minotauro

Escribe:
Federico Guerra

Se cuenta que hace mucho tiempo, la antigua Atenas se encontraba festejando sus famosos juegos olímpicos, cuando un misterioso joven llegó a la ciudad y ganó todas las competencias.

Los otros competidores atenienses, enojados con el muchacho, lo emboscaron a la salida de la ciudad y lo mataron.

Pero el misterioso extranjero no era otro que el hijo del rey Minos de Creta, una poderosa nación vecina de Atenas.

Cuando Minos se enteró de la muerte de su querido hijo, dirigió todo su ejército a destruir a la (por entonces) pequeña Atenas.

Emisarios fueron enviados desde la preocupada ciudad, y se arregló una reunión entre el rey Egeo, de Atenas, y el propio Minos.

Egeo convenció a Minos de no destruir Atenas, a cambio de una sola condición: cada siete años, la ciudad enviaría siete muchachos y siete muchachas para ser sacrificados al minotauro, un terrible monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de toro que vivía encerrado en un intrincado laberinto en Creta.

Atenas no tuvo más alternativa que aceptar los términos de Minos, pero Egeo, como excelente diplomático que era, pudo conseguir una pequeña salvedad en el tratado: si algún día uno de los muchachos o muchachas ofrecidos en sacrificio lograba matar al monstruo, Atenas quedaría liberada de cualquier otro tributo a Creta.

Así, cada siete años, siete muchachos y siete muchachas atenienses eran enviados a su muerte en un barco de velas negras.

Un día Teseo, el hijo del rey Egeo, decidió acabar con este terrible monstruo y liberar a su ciudad del tributo que era obligada a pagar. Ya se acercaba el tiempo de enviar el tributo a Creta, y Teseo pidió el permiso de su padre para ofrecerse como voluntario y matar al minotauro.

Egeo, que amaba mucho a su hijo, no quería dejarlo partir, pero Teseo era terco, y al final pudo convencerlo.

"Los barcos que transportan a nuestros jóvenes a Creta llevan negras velas de luto. Si vuelvo victorioso, cambiaré esas velas negras por velas blancas". Así habló Teseo, y, despidiéndose de su padre, se embarcó con el resto de los jóvenes rumbo a su funesto destino.

Nuestro héroe llegó a Creta sin revelar a nadie su verdadera identidad. Sólo a la hija del rey Minos, Ariadna, le llamó la atención aquel joven radiante que parecía sobresalir entre sus tristes compañeros.

Así Ariadna, sin poder evitarlo, se enamoró del héroe, y decidió visitarlo esa misma noche en la prisión donde eran retenidos los jóvenes atenienses antes de ser ofrecidos en sacrificio al minotauro. La joven princesa se presentó a Teseo y le ofreció ayudarlo a matar al minotauro, con la condición de que se casase con ella y la llevase a su país.

Teseo aceptó la propuesta, ya que sabía que iba a necesitar toda la ayuda que pudiese conseguir en su batalla contra la bestia.

Ariadna le dio, entonces, un hilo de oro mágico, que, una vez atado en la entrada del laberinto, se desenroscaría solo, a través de los oscuros pasillos, hasta el centro donde vivía el minotauro.

¿Quién puede imaginar el aterrador laberinto, oscuro como el negro vacío, y los pasillos que recorrió el héroe, con la única compañia de sus pasos y del fuerte latido de su corazón, acercándose, lento pero seguro, al más terrible de los monstruos?

El origen del minotauro

Cuenta la leyenda que Minos era hijo del mismísimo Zeus, y cuando fue coronado rey de Creta, pidió a su celestial padre una prueba de su linaje para que el pueblo supiera que su gobernante era de la más noble de las sangres.

Zeus envió entonces un magnífico toro blanco, que llegó a Creta caminando sobre las aguas. Minos capturó al toro, pero en vez de sacrificarlo en honor a los dioses, decidió quedárselo y sacrificar un toro común y corriente.

Zeus se enojó ante la actitud de su hijo, y mandó a Eros a que hiciera de las suyas. El joven dios del amor, con sus flechas, hizo que la esposa de Minos se enamorase del toro blanco. De esta innatural unión nació el Minotauro.

Este monstruo se dedicó a desolar el país, hasta que Minos logró capturarlo. Para encerrarlo, pidió a Dédalo, el famoso inventor, que crease el mejor de los laberintos junto a su palacio, para encerrar al minotauro en el centro del mismo.

Para aplacar su ira, se lo alimentaba ocasionalmente con criminales juzgados por Minos mismo, hasta que la muerte de su hijo le hizo incluir atenienses en la dieta del monstruo.

¿Habrá dudado Teseo, antes de entrar en la sala del centro del laberinto, de donde se escuchaba ya la pesada respiración de la bestia?

Pero nadie quiere saber de esos momentos previos: el héroe es siempre el hombre sin miedo, que sabe siempre qué debe hacer y cómo hacerlo, extraño a la duda y a la cautela.

Algunas versiones (que los atenienses seguramente no dudaban en atribuir a los enemigos de la ciudad) nos dicen que Teseo fue de noche porque, en realidad, sabía que en esas horas el minotauro dormía profundamente. Así que el héroe encontró al monstruo dormido, y lo único que hizo fue matarlo cobardemente. Pero la leyenda clásica nos dice que el héroe ateniense luchó valientemente con el minotauro durante varias horas, y emergió victorioso como buen héroe que era. Elija el lector la versión que más le guste.

Luego de matar al monstruo, el príncipe de Atenas escapó del laberinto siguiendo el mismo hilo dorado. Inmediatamente, para no perder la oscuridad de la noche que lo ocultaba, se escabulló y liberó, con la ayuda de Ariadna, a los jóvenes atenienses prisioneros, con los cuáles escapó a Atenas en el barco de negras velas que los había traído.

En el viaje de vuelta, pararon en una isla para juntar provisiones. Ariadna aprovechó para descansar, y se sentó a dormir a la sombra de un árbol.

Pero esta isla era el lugar de retiro favorito de Dionisos, famosa deidad del vino, el cuál, al ver a la hermosa joven, exigió a Teseo que se la dejase como esposa. Teseo, que no estaba enamorado de la princesa de Creta y que tampoco quería tener de enemigo a un dios, accedió al pedido.

Ariadna despertó horas más tarde, para descubrir horrorizada que el barco había zarpado sin ella.

Las lágrimas de dolor pronto se volvieron lágrimas de odio. Odio hacia el joven héroe, odio hacia su padre, incluso odio al bondadoso Dédalo, el constructor del laberinto que le había regalado el hilo de oro. Maldecía con su mirada perdida en el mar, con una feroz amargura que no se correspondía con su delicada figura.

Fue entonces cuando Dionisos hizo su majestuosa aparición y le confesó su amor.

La princesa decidió aceptar: ¿para qué envejecer y perder la belleza al lado de Teseo, cuando podía ser eternamente joven y hermosa al lado de un dios?

Pero prosigamos con la historia del príncipe ateniense.

Egeo, el padre del héroe, pasaba todas las tardes en la costa, esperando el barco.

Recordaba la promesa de su hijo: si las velas eran blancas, habia sido victorioso. Pero Teseo, en su rápida fuga de Creta, había olvidado cambiar las negras velas del navío. Cuando Egeo divisó, a lo lejos, el barco y sus oscuras velas, pensó que su hijo había muerto. Con el corazón destrozado por la pena, el rey ateniense se lanzó desde el más alto acantilado para morir ahogado en el mar que hoy lleva su nombre: el Mar Egeo.

Teseo llegó así a una ciudad de luto, y fue nombrado rey por el agradecido pueblo de Atenas.

El mito de Teseo, como el de cualquier héroe-fundador (como, por ejemplo, Perseo), es mucho más extenso de lo que hemos visto aquí:su leyenda nos relata primeramente cómo Teseo, que creció en el extranjero, fue reconocido por su padre Egeo como príncipe heredero y, luego de la derrota del minotauro, su posterior casamiento con la hermana menor de Ariadna, Fedra; su participación en la expedición de Jasón y los argonautas en busca del Vellocino de Oro; su victoria sobre las amazonas, el rapto de Helena y su viaje al mundo de los muertos con su amigo Piritoo. La historia del minotauro, sin embargo, es el corazón mismo de toda su leyenda.

El minotauro representa las pasiones animales que han dominado al hombre: su cuerpo es de hombre, pero su cabeza, donde reside su inteligencia (y su alma, según los antiguos), es de animal. El minotauro es, entonces, el hombre condenado a una existencia puramente material, superficial.

Este "monstruo" vive en el centro de un intrincado laberinto del cuál es imposible escapar sin la ayuda de un mágico hilo de oro. El laberinto, con sus pasillos interminables, es la mente que se ha encerrado en su propio caos de ilusiones. Para llegar a derrotar al monstruo, hay que superar estas ilusiones. Esto se logra sólo con la ayuda del hilo de oro de Ariadna: la unión entre ambos mundos, el profundo y el superficial que permite el descenso, pero también el ascenso.

En las palabras de Joseph Campbell:

" Es todo lo que necesitas: un hilo de Ariadna… No siempre es fácil de encontrar. Pero es bueno tener a alguien que te dé una pista. Es la función del maestro, ayudarte a hallar tu hilo de Ariadna… Pero debe ser tu camino, no el de él. Todo lo que puede hacer un maestro es sugerir. Es como un faro que dice: "Aquí hay rocas, dé un rodeo. Aquí hay un canal, puede pasar". El gran problema en la vida de cualquier joven es encontrar modelos que le sugieran posibilidades. Nietzsche dice: "El hombre es el animal enfermo". El hombre es el animal que no sabe qué hacer consigo mismo. La mente tiene muchísimas posibilidades, pero no podemos vivir más que una vida. ¿Qué haremos con nosotros mismos? Un mito viviente presenta modelos contemporáneos."

Buscando el rostro... III

Transición. Decíamos (artículo de nov/07) que cuando hablamos de rostro no nos referimos a lo que se ve y aparece en ese paisaje facial donde emergen y conviven en una cierta armonía los ojos, la nariz y la boca y que denominamos cara, faccia, face, etc., sino a algo más profundo. Precisamente, Emmanuel Lévinas, uno de los pensadores que ha buceado con apasionante tenacidad el océano profundo donde se oculta el rostro humano, así se expresa:

"El rostro no es la agrupación de una nariz, una frente, unos ojos, etc; ciertamente es todo eso, pero adquiere el significado de un rostro por la **dimensión nueva** que abre **en la percepción de un ser**. Por el rostro, el ser no solamente está encerrado en su forma y es accesible; está abierto, se instala en profundidad y, en esta apertura, se presenta de algún modo personalmente.

Aproximaciones al rostro. ¿Por dónde empezamos? Ante todo por lo más obvio: el rostro es una realidad misteriosa, compleja y polifacética... y específicamente, **privativa del ser humano.** Coincido con Chenu, cuando afirma que sólo el ser humano tiene rostro o, mejor aún, **es rostro**. Efectivamente, en nuestras charlas cotidianas no hablamos del rostro del perro o del gato, por citar algunos animales que, en esta sociedad postmoderna y desolada forman parte de muchas familias (¡!)

Pensemos, en cambio, en las distintas resonancias suscitadas ante el nacimiento de un niño: ¿en qué estamos pensando cuando ocurre? ¿No es cierto que la primera preocupación de la familia es **descubrir a quién se parece**? Y esto para asegurarse de que el recién nacido entronca su novedad en una filiación, en una historia de amor. ¿Y cuál es la experiencia originaria del bebé?: **el encuentro con un rostro, el rostro de su madre.**

Por tanto, podemos decir que **el "cara a cara" es la experiencia humana fundamental**. Si la comunicación entre los seres ocurre siempre entre rostro y rostro, es porque **la identidad humana se constituye en ese "cara a cara"**: "Hombre y mujer los creó" dice el primer libro de la Biblia (Gén 1, 27). **Lo humano no existe más que en ese frente a frente: rostro a rostro.** Aun respetando todos los intentos tendientes a descifrar la identidad del hombre y la mujer, podemos decir que el ser humano no es una mera síntesis de varón y de mujer; es su "cara a cara". Para ser hombre hay que ser dos, dice Chenú.

¿A quién se parece...? El primer descubrimiento de los padres en el momento mismo en que intentan relacionar a su progenie con la línea de su linaje es que ese neonato es único e irrepetible. **¿Hemos terminado de maravillarnos del hecho de que ningún rostro se parezca?** El rostro humano no se fabrica más que en un solo ejemplar. Siempre es la primera vez. La multitud de los rostros escapa a la repetición.

Propiamente hablando –dice François Mauriac– es un milagro: "Un milagro que ni siquiera vemos, por ser tan común. Es que ningún rostro humano, hasta donde existen o han existido, reproduce a otro... **Un ser humano es sacado de un ejemplar único, y no es reproducido nunca desde que el mundo es mundo"** (C`e que je crois). No me cansaré de repetir que se podrán clonar cuerpos, pero **la identidad no se clona.** Esto lo digo siempre en ocasión de los Bautismos.

Por otro lado, puesto que el rostro humano es polifacético, debemos considerar otro aspecto constitutivo del mismo: **su inquietante ambigüedad.** Aquí volvemos a rozar lo paradójico. Es por igual un enigma que descifrar y una demostración de sentido. Convive con la mentira en perfecta connivencia. Se mantiene distante, cuando su vocación es acercar. ¡Qué difícil es leer en un rostro! Al respecto dice Jacques de Bourbon Bisset: **"Aprender a leer un rostro es aprender a leer el mundo.** De ahí que no sea tarea fácil. Las sombras pasan o se detienen como las nubes sobre el paisaje. Un rostro que se cierra es más impenetrable la comunicación. Juego arduo, amenazado de continuo; juego apasionado, en el que vale la pena apostar. **Un rostro que se entrega libera la libertad".**

Todas estas **aproximaciones balbucientes al rostro** humano desembocan al fin en la confesión de su misterio. Ninguna definición lo agota. Lugar donde la persona se alumbra a sí misma, el rostro designa siempre un más allá de sí mismo. Abre brecha. Porque el "parecer" está en reserva del "ser". El rostro indica un desgarrón en el tejido del mundo que hace presentir una trascendencia de lo visible.

Sin embargo –¡aquí la paradoja!– **el rostro se oculta con tanta frecuencia o facilidad como cuando se ofrece y se entrega**. En muchas ocasiones, suele actuar de pantalla. Puede ofrecer una trampa, en la que puede caer el más desprevenido. Afirmar que **"traduce la identidad profunda"** es admitir, al mismo tiempo, que **"la traiciona con más frecuencia que lo contrario".**

En efecto, la transparencia del cuerpo no es de este mundo. El rostro no descubre jamás el alma al primer momento. Por eso es frecuente escuchar, como respuesta a una lectura demasiado inmediata de su apariencia: **"no soy el que usted cree o el que usted piensa"**; porque oscilamos entre la imagen de nosotros mismos que nos envían los otros y la versión de nosotros mismos que querríamos imponer. **El ser interior y el aspecto exterior no coinciden jamás exactamente.**

Recordemos las consideraciones de Rilke al respecto (art. anterior) en cuanto a que "cada uno posee su colección de máscaras, que utiliza..., hasta desaparecer". Es oportuno recordar también aquello de Mark Twain cuando se refiere a los tres personajes que conviven en cada uno de nosotros: el que imaginamos o decimos ser, el que imaginan o dicen los otros que somos y el que somos en realidad... Otra vez la imagen contra la realidad. Esto es muy importante en esta "cultura de la imagen" que traiciona la propia identidad (¡basta pensar en la exposición de los candidatos políticos!).

Permítanme compartir una fábula (creo que de Esopo), citada por Juan Pablo I (muerto apenas iniciado su pontificado) en una de sus geniales catequesis. Está ambientada en una corte oriental y los protagonistas son un cocinero experto y un perro faldero. Cuando el cocinero guisaba manjares exquisitos en base a carnes exóticas, recibía invariablemente el elogio del perro: "este sí que es un gran hombre..." (claro, los descartes de carne del cocinero eran un manjar para el famélico animal). Pero cuando guisaba verduras, la opinión cambiaba radicalmente: "este hombre no es el que pensaba, me defraudó...". Pero el cocinero le replicó: mira que no estoy cocinando para ti, puedes guardarte tu opinión; **¡yo cocino para el rey y es su opinión la que me importa!** ¡Creo que también nosotros hacemos juicios infundados o apresurados antes de tiempo! (Del libro "Ilustrísimos señores")

A su vez, las ciencias sociales nos hablan del **carácter histórico** y del **aspecto social del rostro.** Muchas veces el rostro se comporta según las reglas de juego fijadas por la sociedad. Sólo se expresa en un código proveniente de más lejos que el entorno inmediato. La cultura determina las leyes de la expresividad, dictando lo que hay que mirar como bien y lo que debe mirarse como mal. **Para no presentar un semblante gris, me revisto en parte del rostro que se espera de mí.** (¡¡!!)

La climatología de los rostros –reflexiona B. Chenu– es una ciencia confiada a la experiencia de cada uno. Las lágrimas abren el surco de una desgracia. La sonrisa inunda de luz un rostro marmóreo. Es "el primer signo de la alianza que hace hablar al silencio. Es el índice de un cuerpo que habla antes que las palabras". (Denis Vasse: Le chair envisagée).

Pero no creamos en seguida que las arrugas indican la decrepitud de un ser. Más bien esculpen una belleza madura. Refieren a flor de piel una aventura humana. "Con la edad, otra belleza puede iluminar un rostro; una belleza modelada por dentro, brotada del corazón, bruñida por su sol secreto, en armonía con

la palabra y la mirada. Esta belleza formada de paciencia, de confianza, de servicio humilde, trasfigura incluso las arrugas, que no son ya signos de declive y de muerte, sino grietas de la crisálida que se entreabre" (Oliver Clement: Le visage intérieur).

Todas estas aproximaciones balbuceantes al rostro humano desembocan al fin en la confesión de su misterio. Ninguna definición lo agota. Lugar donde la persona se alumbra a sí está en reserva del ser. El rostro indica un desgarrón en el tejido del mundo que hace presentir una trascendencia de lo visible. Ni reducción a la materia, ni fulgor del espíritu; **el rostro es el inicio de una manifestación integral.** (Continúa...)

Cordialmente

P. Julio, omv

Thomas Merton

Por **Jacob Needleman**

Debemos considerar el trabajo de Thomas Merton, aunque quizás solo dentro de varios años podremos apreciar cabalmente la obra de este hombre notable. Muchos de sus escritos aún no se han publicado y sólo son accesibles a los estudiosos; muchos de sus datos biográficos todavía no han sido investigados y, lo más importante, muchas de las personas que lo conocieron todavía no se han expresado acerca de él, mientras que los que sí lo han hecho, presentan una figura compleja, multifacética y a menudo contradictoria.

La autobiografía de Merton, profundamente conmovedora, *The Seven Storey Mountain,* publicada cuando tenía treinta y tres años de que se sintiera atraído a realizar un estudio espiritual persistente de las religiones orientales. La popularidad que alcanzó ese libro y la actualmente creciente influencia de todos sus escritos han hecho que la vida de Merton, en su aspecto más difundido, se conozca ampliamente. Nacido en Prades, al sur de Francia, en 1915, hijo de un artista neozelandés y de madre americana, Merton creció y fue educado en dos continentes. A los veinte años, ingresó a la Universidad de Columbia donde se involucró en la vida intelectual y de experimentación moral que caracterizó a la inteligentzia americana durante los años previos a la Segunda Guerra Mundial.

En estos primeros años de su vida, relata Merton, fue su amistad con un hombre de la India lo que abrió su mente al catolicismo. A Merton le parecía que este joven hindú personificaba en su carácter la verdad de la religión, en oposición a la filosofía materialista que entonces (y ahora) era la moda intelectual. El hindú instó a Merton a estudiar a los místicos católicos. "Ahora, mirando atrás hacia esos días", escribe Merton, "me parece probable que una de las razones por las que Dios lo trajo hasta mí desde la India, fue para que pudiera decirme justamente eso".

Merton leyó los libros de la teología y el misticismo cristiano con ojos completamente nuevos. Comenzó a sentir que había ideas vivientes en materiales que hasta el momento había considerado sin sentido y hasta despreciables, tales como la psicología y la metafísica escolástica medieval, por mucho tiempo motivo de burla para muchos filósofos académicos contemporáneos fuertemente comprometidos con el positivismo y el empirismo británico. Poco tiempo después, se convirtió.

Durante el cuarto de siglo en que Merton vivió como monje trapense en Getsemaní, Kentucky, escribió una inmensa cantidad de trabajos relacionados con el misticismo cristiano, la tradición contemplativa, el monasticismo y las religiones orientales, particularmente el zen, al cual adjudicaba un rol crucial en Occidente porque revelaba el núcleo místico, contemplativo, de la vida humana normal, y por lo tanto también de la tradición cristiana. Uno de los últimos ensayos de Merton, *The New Consciousness,* comienza así:

"Me gustaría dar comienzo a esta exposición con una declaración simple y tranquilizadora, sin sombra de duda o ambigüedad: la renovación cristiana ha terminado por producir una amplia apertura de los cristianos hacia las religiones asiáticas, según las palabras del Vaticano para 'conocer, preservar y promover los bienes espirituales y morales' que ellas contienen".

Pero "no es tan fácil". Merton procede a listar las fuertes tendencias activistas, seculares y antimísticas, que militan contra la recuperación del cristianismo contemplativo en occidente. El zen, para Merton, es la más grande esperanza porque rechaza toda discusión doctrinaria y se ofrece como algo completamente fuera de toda clasificación dentro de los términos familiares de la filosofía, la teología y la moral occidentales. "El impulso real del budismo va hacia una iluminación que, precisamente, se encuentra más allá de los sistemas, más allá de las estructuras sociales y culturales y del rito y las creencias religiosas (...) Esto significa, entonces, que el zen se halla fuera de todas las formas y estructuras". (*El zen y los pájaros del deseo,* pp 17-8). Según Merton, el zen nos ofrece el puro acto de ver, la pura conciencia. Es esto, escribe Merton, el verdadero significado del *conocimiento* en la meditación y la contemplación que llevan a la salvación en Cristo. Como los más modernos escolásticos y teólogos, Merton siente horror por términos tales como gnosis y esoterismo, los que le sugieren un secreto, un seudo-sistema de ideas que no solo deja a la mayoría de los hombres fuera del alcance de la ayuda de Dios sino que también intelectualiza la búsqueda espiritual, llegando a la "inflación" egoísta que, los santos advierten, es compañera inevitable del así llamado "conocimiento superior".

Merton murió en Asia en 1968, exactamente veintisiete años después de haber entrado a la orden trapense. El grado de su atracción por las religiones orientales ha sido muy discutido y es por supuesto una cuestión muy delicada. Algunos que lo conocieron afirman que estuvo a punto de "convertirse" al budismo, pero incluso si así fuera, sería un modo simplista de plantear el problema; a la luz de los propios escritos de Merton, esto no significaría de ningún modo un repudio del cristianismo. En realidad hay un hilo conductor en sus escritos acerca de las enseñanzas orientales que indica que consideraba incluso a las formas más elevadas de las religiones del Este, por debajo del nivel de la revelación cristiana. Ese hilo conductor es la distinción escolástica entre el nivel de la gracia y el de la naturaleza, una distinción que permite a Merton elogiar a las religiones orientales como el gran logro "dentro del orden de la naturaleza", reservando la acción de la gracia para la Iglesia católica.

En verdad hay una gran diferencia entre las primeras y las últimas afirmaciones de Merton acerca del misticismo oriental, una gran profundización de su comprensión y apreciación. En *The Seven Storey Mountain* cuenta su entusiasmo juvenil por el misticismo oriental pero admite que todo lo que pudo tomar de estas enseñanzas fue "una especie de auto-sugestión, una clase de hipnotismo o si no, simplemente relajación muscular". Y agrega:

"Finalmente, supongo que todo el misticismo oriental puede ser entendido como técnicas que llevan a lo mismo, pero de una manera más sutil y avanzada: y si esto es cierto, no es misticismo en absoluto. Queda sólo dentro del orden natural. Esto no lo hace maligno *per se*, según los patrones cristianos de evaluación; pero tampoco lo hace valioso, en relación a lo supernatural. Es simplemente de mayor o menor utilidad, excepto cuando está mezclado con elementos estrictamente diabólicos (...)"

Esto está muy lejos de la clase de opiniones que Merton expresó más tarde acerca del zen. En un ensayo titulado "Una visión cristiana del zen", escrito solo uno o dos años antes de su muerte, Merton expresa lo que considera la contribución específica de la meditación budista, de valor insustituible, como un signo de lo que debe ser re-encontrado en el cristianismo, de la siguiente manera:

"La meditación budista, y sobre todo la del zen, no intenta *explicar* sino *prestar atención, percibir,* estar *alerta,* en otras palabras, desarrollar un cierto tipo de *conciencia que escapa a la falsedad* de las fórmulas verbales o de la excitación emotiva". (*El zen y los pájaros del deseo*, pág. 54).

Sin embargo, aun cuando Merton valora más el zen, casi siempre define su posición confinando al budismo al "orden natural". En el mismo ensayo escribe:

"No hay, pues, en el zen, un *Kerygma* sino una comprensión, no revelación sino conciencia, no la nueva del Padre que envía a Su Hijo a este mundo, sino la percepción del fondo ontológico de nuestro propio ser aquí y ahora, en pleno centro del mundo". (*El zen y los pájaros del deseo,* p. 65).

Y en la última expresión pública de su vida, que tuvo lugar el mismo día de su muerte en Bangkok, dijo:

"Y creo que abriéndonos al budismo, al hinduismo, a todas estas grandes tradiciones de Asia, se nos presenta una maravillosa oportunidad de aprender más acerca de la potencialidad de nuestras propias tradiciones, porque ellas han ido mucho más profundo que las nuestras, desde el punto de vista natural".

"El cristianismo olvidado"

Entrégate a su amor

Si quieres tener una vida espiritual, debes unificar tu vida. Una vida, o es espiritual del todo o no es espiritual en absoluto. Ningún hombre puede servir a dos señores. Tu vida es modelada por el fin para el cual vives. Eres hecho a imagen de lo que deseas.

Si quieres unificar tu vida, unifica tus deseos. Para espiritualizar tu vida, espiritualiza tus deseos. Para espiritualizar tus deseos, desea carecer de ellos.

Vivir en el espíritu es vivir para un Dios en quien creemos, pero al que no podemos ver. Por consiguiente, desear esto es renunciar al deseo de todo lo que puede verse. Poseer a quien no podemos entender es renunciar a todo lo que puede entenderse. Para reposar en quien está más allá de donde reposa todo lo creado, renunciamos al deseo de reposar en las cosas creadas.

Al renunciar al mundo, conquistamos el mundo, nos elevamos por encima de su multiplicidad y lo recapitulamos en la simplicidad de un amor que encuentra todas las cosas en Dios.

Esto es lo que Jesús dio a entender cuando dijo que cualquiera que salve su vida la perderá, y quien pierda su vida, por el amor de Dios, la salvará.

El capítulo 28 de Job (y también el 3 de Baruc) nos dice que la sabiduría de Dios está oculta y es imposible de encontrar; y, no obstante, concluye dando por sentado que es fácilmente hallada, pues el temor al Señor es sabiduría.

Un monje jamás debe procurar su sabiduría fuera de su vocación. Si lo hace, nunca hallará sabiduría, porque para él la sabiduría está en su vocación. La sabiduría está en la propia vida del monje en su monasterio. Viviendo su vida, los monjes encuentran a Dios, y no mediante el agregar a sus vidas algo que Dios no ha puesto allí. Pues la sabiduría es Dios mismo, que vive en nosotros, revelándose a nosotros. La vida se nos revela sólo hasta donde la vivimos.

La vida monástica está llena de la misericordia de Dios. Todo lo que el monje hace es querido por Dios y ordenado para la gloria de Dios. Al cumplir la voluntad de Dios, recibimos la misericordia de Dios, pues sólo mediante el don de su misericordia podemos hacer su voluntad con una intención pura y sobrenatural. Y Él nos concede esta intención como una gracia que sólo sirve como un medio para que obtengamos más gracia y más misericordia, expandiendo nuestra capacidad de amarlo. Cuanto mayor es nuestra capacidad de recibir su misericordia, mayor es nuestro poder de darle gloria, pues Él es glorificado por sus propios dones, y Él es más glorificado por aquellos en los que su misericordia ha producido el amor más grande. *"A quien poco se le perdona, poco amor muestra".*

T. M.

Cuentos para el alma

El maestro y el discípulo

"¿Qué tengo que hacer yo para ser santo?", preguntó el joven Kumar a su Maestro Tulsideva. "¿Debo ser bueno?"

"Debes ser bueno, sí, pero ello no es todo", respondió Tulsideva.

"¿Debo ser puro?"

"Sí, pero tampoco ello lo es todo..."

"Tal vez lo que necesite es hacer una peregrinación a los lugares sagrados, alimentarme de frutos solamente y vivir para la oración".

El Maestro permaneció callado. Como llegaba la noche, prendió la lámpara de su cuarto, y una mariposa, atraída por su luz, se fundió con ella.

Tulsideva, al contemplar este hecho, dijo entonces a su discípulo:

"Kumar, esa mariposa no ha leído como tú, grandes tratados de metafísica, ni ha buscado un Maestro a quien preguntarle cómo hacer para fundirse con su amado fuego. Tú también, como la mariposa, cuando tengas el corazón pletórico de Amor por Dios, te fundirás en la llama de su Amor para ser Uno con Él, quemando de ese modo los trajes de tu ego y sus inacabables preguntas, dudas y filosofemas. Interrogamos cuando todavía no sabemos andar el camino. Cuando ya lo conocemos se duermen nuestras elucubraciones. Así también, cuando el Amor a Dios despierta en nuestros corazones, nos dedicamos simplemente a amarlo y esa es, querido Kumar, la más pura Santidad".

Despertar al ser

"Tengo veinte años", pensaba Gopal, "si medito durante veinte años más, ya tendré la mente bastante domeñada. Leeré las Sagradas Escrituras por otros diez. Luego, los diez años últimos de mi vida me sumiré en meditación".

Para su desgracia -o su suerte- habló inconscientemente en voz alta. Su Maestro, que estaba a su lado, corrigiendo unos escritos para las clases que daría luego a los estudiantes, lo escuchó y le dijo:

"Gopal, hijo mío, no pareces un estudiante. Te asemejas más bien a un avaro que cuenta las monedas de su tiempo con extrema exactitud, como si supiera lo que el devenir de los días le tiene destinado. No lo hagas, porque ello es malo para tu alma. Libérate de las opresiones del tiempo. Conciencia tu verdadera naturaleza, que es Eternidad. ¿Qué sabes tú si vivirás un día más o cien años más, o cien vidas más? No pierdas tus horas regateando con el pirata Tiempo, que a fin de cuentas, ha de llevarse todas tus horas en su nave hacia los mares del olvido. Genera en ti constantemente la idea de tu propia perennidad y verás que cuando logres darte cuenta que eres de la misma esencia de lo Infinito, florecerá en ti la Suprema Armonía que esperas hallar recién en tu ancianidad. Si la idea de tu Eternidad, si la conciencia de que eres el Ser no despierta en ti, Hijo mío, deberás esperar no sesenta años, ni ochenta, sino que deberás vivir miles de vidas hasta que esa Realidad florezca dentro de tu corazón".

El camino y el viento

"¿A dónde vas?", le preguntó el camino al viento. "Cada vez que te veo pasar con tu andar alocado, siento piedad de ti. Mira, no tienes mi estructura, careces de dirección, eres un vagabundo del espacio. Es claro que alguna vez, si crecen tus acciones meritorias, serás también tan útil como yo".

Un poco más adelante, el viento ingresó a un inmenso jardín donde los más bellos rosales y madreselvas abrían sus corolas.

"¡Oh, Viento divino, por fin has llegado!", le dijo una rosa roja. "Mis hermanas y yo estábamos ansiosas por verte. Hoy deberás llevar nuestras semillas luego que nos desates de la vida que ya se aleja de nuestros botones".

El viento, entonces, alzó las semillas de las rosas como si fueran un tesoro y las depositó suavemente sobre la tierra.

¿Por qué será, Dios mío, que siempre comprendemos las cosas según nuestra pobre capacidad? Cuando todos los hombres despertemos a la verdad inconmensurable con la cual vistes a las infinitas modalidades de la existencia, nos abrazaremos sin crítica alguna, sin juicio alguno, los hombres, los caminos y los vientos para venerar Tu voluntad, ángel celeste, que habita este extraño y maravilloso Santuario de la Vida.

Lo importante es ser luz

Una estrella recién nacida tomó entre sus manitas de luz a una luciérnaga que volaba en el espacioso jardín de la noche.

"Eres tan pequeñita", le dijo, "y tu luz es tan débil".

La luciérnaga se detuvo sobre la hoja de un ciruelo bajando la cabeza para que su hermana no supiera de su tristeza.

"Eres tan llena de luz", le dijo entonces con un hilo de voz, y agregó "...y sin embargo, hermana mía, tan ciega. El tamaño de las cosas, ¿pertenece al reino del espacio o al reino de la Esencia? No importa qué tan grande seas tú, y cuán pequeña parezca yo, lo que sí es importante es que ambas somos portadoras de luz. Deja tus huellas gigantescas en el inconmensurable cielo; a mí me basta con iluminar el sendero de los pequeños insectos voladores para que en sus viajes nocturnos no sean atrapados por telarañas y otros peligros. Cada quien ayuda según la luz que posee, no interesa la magnitud o pequeñez del servicio. Lo que sí es importante es que éste sea el producto de la luz que cada quien tiene en su corazón".

El sol y la llama

"¡Ay, quién fuera como tú!", dijo la llama de la lámpara al sol maravilloso del atardecer.

"Eres como yo", le dijo éste sonriendo..., realmente eres como yo..."

Al llegar la noche, todo el espacio se pobló de sombras. Éstas, sin embargo, no pudieron ingresar en la casa donde ardía la llama.

"Soy como tú... realmente soy como Tú", dijo entonces la llama; y se abrió como una mágica flor de pétalos de fuego, iluminando generosamente la morada.

Identidad

"Pobre desdichado", le dijo la pulsera de oro a un anillo también de ese metal. "Mientras yo me luzco cubierta de rubíes y diamantes en los brazos de una bailarina, tú habitas en el dedo de una pobre anciana de la cual eres su único tesoro".

Con el paso del tiempo, envejeció la danzarina, conoció la miseria, la indiferencia y tuvo que vender sus joyas. También el anillo de la anciana fue vendido, y ambos, anillo y pulsera, se reencontraron en el crisol del orfebre.

"¿Has entendido la lección?", le dijo el anillo a la pulsera, poco antes de perder su forma, "ahora tú y yo somos una sola cosa: oro. ¡Cuán equivocadamente juzgamos la realidad al ir por la vida de la mano del orgullo!"

Así como es oro el oro de un lingote, el de un prendedor o el de una moneda, así también todas las almas humanas, allende las características que las recubren, son una en el crisol inefable del corazón de Nuestro Señor.

La semilla de pino

"¡Por nada del mundo ingresaré a la Tierra!", dijo la semilla de pino. "¡Abomino la oscuridad, y ni qué decir, el lodo! ¿Se imaginan?, yo, la hija de un árbol hermoso, permitir que me aprisionen esos toscos y oscuros terrones".

Pidió entonces a la brisa, su amiga, que la impulsara un poquito y la escondiera juntos a unas piedras.

"Aquí estaré a salvo", se dijo, y quedó dormida bajo el sol, y luego bajo otro sol, y otro y otro más.

Así pasaron muchos años. Cuando despertó de su largo sueño estaba en medio de un bosque.

"Hola", le dijeron sus hermanas. "¿No nos reconoces? Ahora somos grandes árboles, pero cuando nacimos, éramos pequeñas semillas como tú, y estuvimos a tu lado en el muelle regazo de una piña".

La diminuta semilla no atinó a decir nada.

"¡Qué torpe he sido!", pensó. "Por no haber seguido el camino que me era propio en la vida, no tengo ahora ni ramas ni verdes hojas ni pájaros que canten en mi follaje. El viento no me acuña, la luna no me acaricia, ni conozco el beso sutil de las doradas estrellas. No he podido realizarme y así, moriré siendo tan sólo una semilla a la que el egoísmo no le permitió desarrollarse en una existencia generosa y plena".

Hermano querido, este es un cuento muy simple, pero lo cierto es que cualquiera de nosotros puede tener una existencia similar a la de esa desdichada semilla. Cuando cerramos el corazón para dar, cuanto todo nuestro ser se deja hipnotizar por la mirada artera del cuervo del egoísmo, cuando nos amamos sin poder amar... ¡ay! estamos alejando de nosotros la alegría que florece en los Jardines Interiores de la bendita criatura que se entrega a cumplir la voluntad del Señor.

Extraído de "*Cuentos para el alma", de* **Ada Albrecht**

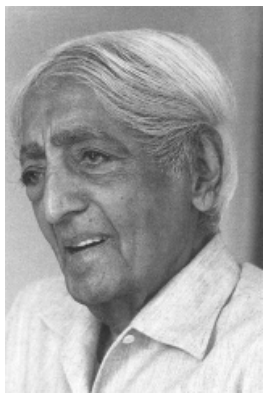
Maximiliano Péjkovich
Mediador Privado

Esmeralda 980 2º A (C1007ABL)
Ciudad de Buenos Aires, República Argentina

Tel: (54-11) 4312-2597 - 4516-0572
Cel: (54-11) 1540 376099

Mail: mediadores privados @mediadores privados.com.ar
Web: www.mediadoresprivados.com.ar

La meditación es el vaciado del contenido de la conciencia



Por **Krishnamurti**

La meditación es una de las cosas más importantes en la vida; no cómo meditar; no la meditación conforme a un sistema; no la práctica de la meditación, sino más bien lo que la meditación es en verdad. Si uno puede descubrir, muy profundamente, la significación, la necesidad y la importancia que la meditación tiene para uno mismo, entonces descartará todos los sistemas, los métodos, los gurús, junto con todas las cosas peculiares que se hallan involucradas en el tipo oriental de meditación.

> Es muy importante descubrir por uno mismo lo que se es en realidad, no de acuerdo con las teorías y las aseveraciones y las experiencias de los psicólogos, filósofos y gurús, sino por la investigación de toda la naturaleza y el movimiento de uno mismo, por el ver qué es uno realmente.

Parecemos incapaces de comprender lo extraordinariamente importante que es ver lo que somos, vernos de hecho, como si nos estuviéramos mirando psicológicamente en un espejo, lo cual produce una transformación en la propia estructura interna. Cuando uno realiza fundamentalmente, profundamente, una transformación o mutación semejante, entonces esa mutación afecta toda la conciencia del hombre. Este es un hecho absoluto, una realidad. Producir una transformación fundamental se vuelve muy importante si uno es totalmente serio, si uno está preocupado por el mundo tal como es con toda su espantosa infelicidad, confusión e incertidumbre, con todas las divisiones religiosas y nacionales, con la acumulación de armamentos, el gasto de sumas enormes en la preparación de la guerra, para matar gente en el nombre de la nacionalidad, etcétera, etcétera.

> Para ver lo que uno es realmente, resulta vital que haya libertad, libertad con respecto a todo el contenido de la propia conciencia –siendo el contenido de la conciencia todas las cosas acumuladas por el pensamiento. Liberarse del contenido de la propia conciencia, de las cóleras y brutalidades, de las vanidades y la arrogancia, librarse de todas las cosas en que uno se halla atrapado, es meditación. El mismo ver lo que uno es, constituye el principio de la transformación. La meditación implica el cese de toda lucha, de todo conflicto– internamente y, por tanto, externamente. De hecho, no existe lo interno o lo externo, es como el mar con su flujo y reflujo.

Cuando uno descubre lo que realmente es, se pregunta: ¿Es uno mismo, el observador, diferente de lo que observa? –psicológicamente hablando, desde luego–. Yo soy iracundo, codicioso, violento; ¿es ello diferente de la cosa observada, que es la ira, la codicia, la violencia? ¿Es uno diferente? Obviamente, no lo es. Cuando estoy iracundo no existe un yo que esté iracundo, sólo existe la ira. Por tanto, yo soy la ira, el observador es lo observado. La división es eliminada por completo. El observador es lo observado y, en consecuencia, el conflicto se termina.

Parte de la meditación es eliminar completamente todo conflicto en lo interno y, por lo tanto, en lo externo. Para eliminar el conflicto uno ha de comprender este principio básico: El observador no es, en lo psicológico, diferente de lo observado. Cuando hay ira, no hay yo, pero un segundo después el pensamiento crea el yo y dice: "He estado iracundo", y así introduce la idea de que yo no debería estar iracundo. Por consiguiente, existe la ira y luego el yo que no debería experimentar la ira; la división engendra el conflicto. Cuando no hay división entre el observador y lo observado y, por ende, sólo existe la cosa que es, sea, la ira, ¿qué ocurre? ¿Continúa la ira, entonces? ¿O la ira cesa totalmente? Cuando surge la ira no hay un observador– no hay división– la ira se desarrolla y luego llega a su fin –igual que una flor; florece, se marchita y se extingue hasta morir. Pero mientras uno la está combatiendo, mientras la resiste, o la racionaliza, uno le está dando vida. Cuando el observador es lo observado, la ira florece, se desarrolla y muere naturalmente– por lo tanto, no hay en ello conflicto psicológico alguno.

> Uno vive en la acción; acción conforme a un motivo, conforme a un ideal, a un patrón, acción por hábito o acción tradicional, todo ello sin investigación alguna. Una mente que medita, debe descubrir qué es la acción. Uno de los problemas principales en la propia vida es el conflicto, y del conflicto se originan toda clase de actividades neuróticas. Para poner fin al conflicto y, por ende, a la acción neurótica, es muy importante que uno tenga una mente cuerda, sana, una mente que no esté atrapada en creencias, temores, etcétera.

¿Cómo ha de actuar uno? ¿De acuerdo con qué principio, con qué cualidad o estado de la mente ha de actuar uno? Por lo general uno actúa desde la memoria, la memoria establecida en un patrón que se ha vuelto hábito, rutina. Uno actúa conforme a lo que recuerda como placentero; o actúa según un ideal que ha determinado llevar a la práctica en la vida diaria; o tiene una ambición que trata de realizar. Hay diversos tipos de acción, y cada uno de ellos es fragmentado, incompleto; ninguno es holístico "yo soy un hombre de negocios, vuelvo a mi casa y amo a mis hijos, pero cuando estoy en mis ocupaciones, ahí no amo a nadie, quiero utilidades, etc; puedo ser un erudito, un pintor, pero mi vida –aunque sea un pintor excelente– es vulgar; soy vicioso, codicioso, anhelo dinero, posición, reconocimiento y fama".

> Las acciones de uno están divididas, son fragmentarias; y cuando hay una acción fragmentaria, es inevitable que ésta produzca conflicto en lo psicológico. ¿Existe una acción sin conflicto, en la cual no haya remordimientos, ni fracasos, ni sentimiento alguno de frustración; una acción que sea total, armónica, completa, una acción que no tenga lugar en un campo particular opuesto a otro campo?

Uno tiene que ver lo que hace realmente, cómo está viviendo una vida contradictoria, actuando contradictoriamente y, por lo tanto, en conflicto. Debe tornarse perceptivo a ello. Y si uno está completa y sensiblemente alerta, ¿qué ocurre entonces?

Supongamos que vivo entre acciones contradictorias y viene alguien y me dice: "Esté alerta a ello". Yo le pregunto: ¿Qué entiende usted por estar alerta a ello? El estado de percepción alerta no es posible cuando usted opta, cuando dice: "Me gusta esta acción en particular, quisiera quedarme con ella; por favor, ayúdeme a evitar toda otra acción". Eso no es percepción alerta; eso es escoger una acción determinada que parece más satisfactoria, más cómoda, más gratificadora, más provechosa, etc. Cuando hay opción no hay una completa percepción alerta. Si uno está totalmente alerta, no hay problema; entonces existe una acción que es continua, sin grietas y, por lo tanto, es una acción holística. Eso es tener una mente sana, lo cual implica no estar comprometido con ninguna forma particular de creencia, dogma o ideal, con nada. Es tener una mente capaz de pensar con claridad, directa, objetivamente. Esa acción llega uno a encontrarla en el proceso de la meditación.

Descubrir qué es la meditación, implica darse cuenta de que cualquier conocimiento previo acerca de lo que uno piensa que es la meditación, bloquea toda posibilidad de explorar. Es absolutamente necesario estar libre de toda autoridad psicológica. ¿Qué es lo que se requiere en la investigación? ¿Se requiere concentración, atención o percepción alerta? Cuando uno se concentra, toda la energía está localizada en algo particular, uno resiste y rechaza todos los pensamientos que interfieren. En la concentración uno está ofreciendo resistencia. Pero en el darse cuenta de los propios pensamientos, no hay concentración; la percepción alerta no consiste en escoger el pensamiento que a uno le gustaría; uno está simplemente alerta. De esta percepción alerta surge la atención. En la atención no existe un centro desde el cual uno esté atendiendo. Esto es realmente muy importante que se comprenda, es la esencia de la meditación. En la concentración hay un centro desde el cual uno se está concentrando sobre una idea, o una representación mental, o alguna imagen, etc; uno está ejercitando energía en la concentración, en el acto de resistir; está erigiendo un muro de modo tal que no pueda introducirse ningún otro pensamiento; y en ello debe haber conflicto. Para eliminar totalmente el conflicto, uno debe darse cuenta, sin opción alguna, de sus pensamientos; entonces no hay contradicción ni resistencia con respecto a ningún pensamiento. De ahí surge la percepción alerta; percepción de todo movimiento del pensar. A causa de esa percepción alerta, adviene el estado de atención. Cuando uno está atento a algo, de verdad, profundamente, no existe un centro; no hay un "yo".

En la atención –si se ha llegado hasta ahí– uno está libre de todos los afanes del pensamiento con sus temores, sus agonías y su desesperación. Esos son los cimientos. Entonces se está vaciando el contenido de la propia conciencia, se la está liberando. Ese es el significado y la profundidad de la meditación: el vaciado de todo el contenido, el pensamiento que toca a su fin.

La meditación es atención en la cual no existe un registrar. Normalmente, el cerebro está registrando casi todo, el ruido, las palabras que se emplean, registra igual que un grabador magnetofónico. Ahora bien, ¿es posible para el cerebro no registrar sino aquello que es absolutamente necesario? ¿Por qué debo registrar un insulto? ¿Por qué? ¿Por qué debo registrar una lisonja? Es innecesario. ¿Por qué debo registrar cualquier clase de heridas psicológicas? Es necesario. Por lo tanto, registro sólo aquello que es necesario para operar en la vida diaria –como un técnico, un escritor y así sucesivamente–, pero en lo psicológico, no registro nada. En la meditación no hay registro psicológico, excepto el registro de los hechos prácticos del vivir, como ir a la oficina, trabajar en una fábrica, etc., nada más. Desde ahí adviene un completo silencio, porque el pensamiento llega a su fin, excepto para funcionar sólo donde es absolutamente necesario. El tiempo ha cesado y hay una clase por completo diferente de movimiento: un movimiento en el silencio.

La religión tiene, entonces, un significado totalmente distinto, mientras que antes era una cosa del pensamiento. Ha sido el pensamiento el que creó las diversas religiones y, por consiguiente, cada religión está fragmentada y en cada fragmento hay múltiples subdivisiones. Todo eso que se llama "religión", incluyendo las creencias, los temores, las esperanzas, el deseo de estar seguro en otro mundo, etcétera, es el resultado del pensamiento. Eso no es religión, es meramente el movimiento del pensar, que es el pensamiento que opera en el temor, en la esperanza, en el intento de hallar seguridad; por lo tanto, ése es un proceso material.

> ¿Qué es, entonces, la religión? Es la investigación –investigación en la que participa toda la atención de uno, la suma de toda la energía– para descubrir aquello que es sagrado, para dar con aquello que es santo. Eso sólo puede ocurrir cuando uno está libre del ruido del pensamiento –cuando psicológicamente, internamente cesan el pensamiento y el tiempo–, pero sin que el pensamiento cese en el mundo donde debe funcionar con los conocimientos. Aquello que es santo, que es sagrado, que es la verdad, sólo adviene cuando hay completo silencio, cuando el cerebro mismo ha puesto al pensamiento en su justo lugar. En ese inmenso silencio, está aquello que es sagrado.

El silencio requiere espacio, espacio en toda la estructura de la conciencia. Tal como es la conciencia de uno, no hay espacio en su estructura, porque esa conciencia está llena de temores, está atestada, parloteando, parloteando. Cuando hay silencio, existe un espacio inmenso, intemporal; sólo entonces hay una posibilidad de dar con aquello que es lo eterno, lo sagrado.

Extraído de *"La totalidad de la vida"*

"Sal de tu tierra..."

Al paso de la oración, debemos reencontrar el hombre o la mujer unificados e integrados que podemos llegar a ser. De mirada única, de presencia entera, de atención centrada. «*Aquí estoy*» es el mejor modo de iniciar la oración, con el deseo de que todo yo, toda mi persona esté allí, en la presencia de Dios. «Aquí estoy ante ti, con todo lo que soy, tengo y siento». Con mucha frecuencia no estamos donde estamos, anclados en el pasado o angustiados por el futuro, descentrados por tanta luz intermitente de colores, ajenos a nosotros mismos... Se nos olvida el presente hondo, vivo, real, que es nuestra única verdad. No escuchamos, no vemos, no sentimos lo que pasa ante nosotros, porque vivimos descentrados, al amor de muchas realidades que dispersan la vida.

Siempre conviene comenzar a orar reconciliándonos: con nosotros, con Dios, con el entorno. Recuperar la atención interior, tan derramada hacia afuera. Comenzar a amar a Dios es recuperarse a sí mismo.

Decir «Aquí estoy» supone que acepto mi debilidad, mi limitación, mi pobreza. Esto es el comienzo de toda sabiduría. «Aquí estoy, desnudo ante ti». Implica confiarse a Él, que nos conoce bien y cuida siempre nuestros caminos. Esta será la actitud de Abraham, la que le hará «nuestro padre en la fe».

«Heme aquí», es su respuesta a la llamada de Yahvé (Gn 22, 1).

Si confiar en alguien despierta su capacidad creadora, su originalidad, confiar en Dios nos abre al descubrimiento de algo nuevo y sorprendente en Él.

Abraham creyó contra toda esperanza. Su fe aparece como insensata desde fuera: ¿por qué salir de su tierra?, ¿por qué interceder por un pueblo despreciable?, ¿por qué sacrificar a su único hijo?

La confianza de Abraham sólo se entiende desde la clave del amor. Su confianza habla de algo misterioso sucedido entre él y Yahvé. Toda la historia de Abraham se entiende desde la fascinación que este misterioso Dios ejerció sobre él.

Recordamos tres actitudes en el vivir y obrar de Abraham: **Salir - Confiar en la noche -Interceder.**

Salir

«Sal de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré... Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahvé» (Gn 12, 1. 4a).

Nómada, peregrino, errante... buscando la patria, el hogar prometido por Dios, Abram sale de su casa y se pone en camino hacia un lugar desconocido, fiado en Dios.

El orante, el creyente ha de ser, por definición, un buscador, un peregrino. ORAR es, ante todo, buscar la voluntad de Dios sobre la propia vida. La fe es una aventura, una peregrinación, un riesgo.

La oración de Abraham no es de palabras, sino de gestos y acciones en las que demuestra su fe. Su valor está en lo desconocido de Dios. Desconoce a Dios, al que denomina «El Shaddai», Dios de las montañas. Se convierte en descubridor de Dios por su fe. Estaba solo. La historia de la fe en Yahvé comienza prácticamente con él.

Dios es para él terreno no desbrozado, no andado y, por eso mismo, su vida se convierte también en algo insospechado, arriesgado. Todo el futuro de Abraham pende de un acto absoluto de fe. La fecundidad de su vida y de su posteridad arrancan de su fe y se asientan en la promesa y fidelidad de Dios.

La fe cambia toda su vida y consiste en poner toda su historia en manos de Dios. Cuando la fe es dar a Dios lo que sobra, algo superfluo, unas migajas de obligado cumplimiento, cuando la vida está a salvo y Dios se mantiene en la raya fronteriza que le hemos marcado, cuando Dios es un recurso de emergencia y la fe no roza la vida, no cambia la vida, no cuesta vida, esa fe no nos llevará, como a Abraham, a descubrir el rostro fascinante de Dios, a comer amigablemente con la Trinidad.

Abraham nos enseña que tener fe es atreverse a salir fiados sólo en Él. No es conocer o recitar verdades, sino jugarse la vida por aquél o aquellos a quienes se ama, fe es una manera de vivir, un estilo de estar en la vida. Y crece cuando en los momentos cruciales nos atrevemos a SALIR de nuestra tierra, de la casa paterna, esto es, de nuestras seguridades paralizantes, para anclarnos en la única seguridad que será capaz de llevarnos a alta mar, la de los pobres de Yahvé que sólo esperan en Él la salud y la plenitud.

Salir es responder a la llamada de Dios. La iniciativa la tiene Él. Salimos no caprichosamente, sino tocados por Él. Ponerse en camino es ir al paso de Dios. Y Dios llama siempre enamorando la vida.

Salir obliga a soltar lastre, a desembarazar lo que ata, a dejar lo superfluo. El nómada no puede llevar muchas cosas, sólo se es peregrino del Absoluto, ligero de equipaje.

Al abandonar nuestros nidos de seguridad y echar a volar lo hacemos fiados en su Palabra: «No temas, yo estaré contigo». Su fidelidad y su promesa son la única seguridad.

Santa Teresa decía que «oración y regalo no se compadecen»; añadimos que oración y pereza, oración y asentamiento no se sufren. Orar supone estar abierto a Dios hasta el punto de poder cambiar, no sólo de sitio, sino de actitud, de ideas, de costumbres...

En otro momento (Gn 22), Yahvé pide a Abraham el sacrificio de su único hijo; y vuelve a demostrar una fe absoluta, poniendo en manos de Dios lo más amado para él. El mismo Dios que le ha prometido una descendencia como las estrellas del cielo, le pide ahora la vida del que puede hacer realidad esa promesa, su único hijo. Ante esta actitud («*levantóse de madrugada... se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios*» -Gn 22, 3-, se dispuso a ejecutar la orden de Dios, pero, El mismo se lo impide...). El Ángel de Yahvé se deshace en bendiciones; parece que la fe de Abraham hubiera tocado lo más hondo del corazón de Dios; la confianza en Él lo vence.

Sin entrar en un comentario amplio de este relato, se nos muestra que el SALIR del capítulo 12 («Sal de tu tierra...'), no se refiere sólo a una acción puntual, sino a una actitud vital. La fe no vive de rentas, hay que salir constantemente al encuentro de Dios, eso es amor. La leña de ayer, los gestos y detalles de ayer no mantendrán el fuego de mañana. La vida de Abraham fue salir al encuentro de su Amigo, el Dios de las montañas, de Él se fió hasta la locura y la insensatez, movido por amor. Cada vez que Dios le había buscado, allí estaba Abraham abierto a la escucha, dispuesto siempre a obedecer y a caminar en la presencia de su Dios con absoluta integridad.

Confiar en la noche

La confianza ilumina siempre el incierto camino de Abraham hacia la nueva tierra. Esta confianza, la fe «contra toda esperanza», pasa por la prueba más fuerte cuando se hace la tiniebla.

«*Cuando estaba el sol ya para ponerse cayó un sopor sobre Abraham, y fue presa de un gran terror y le envolvió densa tiniebla*» (Gn 15, 12).

El sopor, el terror y la tiniebla dibujan la noche de Abraham, es otro momento clave en la vida del creyente. El orante habrá de aprender a «*esperar en desnudez y vacío la llegada de su Bien*» (San Juan de la Cruz). Este momento es inevitable, es la gran tentación de los orantes, muchos aún no curtidos en la contradicción. Dios desconcierta la vida, y nos despoja de lo accidental de nuestra fe.

«*Así como sube hasta vuestras copas y acaricia vuestras más frágiles ramas que tiemblan al sol, también penetrará hasta vuestras raíces y las sacudirá de su arraigo a la tierra. Como gavillas de trigo os aprieta contra su corazón. Os apalea para desnudaros. Os trilla para liberaros de vuestra paja. Os muele hasta dejaros blancos. Os amasa hasta dejaros livianos; y luego, os mete en su fuego sagrado, y os transforma en pan místico para el banquete divino. Todas estas cosas hará el amor por vosotros para que podáis conocer los secretos de vuestro corazón, y con este conocimiento os convirtáis en el pan místico del banquete divino*» (J. GIBRAN)

Tras sufrir la noche, Dios puede sellar su pacto con Abraham: «*Aquel día firmó Yahvé una alianza con Abraham...* », por la cual daba la tierra a su descendencia.

Interceder

Interceder es una forma de orar muy bella, por la que alguien se planta ante Dios con humildad para suplicarle en favor de otro. En este caso, Abraham intercede por Sodoma y Gomorra, aduciendo que no es justo que mueran los justos por pecadores.

Interceder es arriesgarse a ser rechazado, es ir ante Dios en nombre de otro que, en este caso, ha caído en desgracia culpablemente. Abraham, desinteresadamente -no pide nada para sí- mantiene con Dios un diálogo en favor de esos pueblos, diálogo familiar, confiado, muy «humano», en el que Dios va cediendo gustosamente a las sugerencias de su amigo.

Hay en Abraham una actitud que le hace digno de dialogar así con Dios: su humildad, la verdadera puerta para abrir el corazón de Dios (Gn 18,27). Así como la arrogancia nos hace incapaces de Él.

No se trata de cambiar la opinión de Dios, sino de gritar para que se haga lo que, en verdad, Él quiere: que el pueblo se salve. Para ello reclama nuestra fidelidad y colaboración.

Dios busca intercesores; se complace en aquellos que claman en favor de otros contra la injusticia, el dolor, la oscuridad, el pecado... para que sean liberados. Dios quiere que intercedamos porque ama a su pueblo.

En Jeremías se afirma que un solo justo habría bastado (Jer 5, 1), y en Ezequiel Dios se queja de que no hay quien interceda: «*He buscado entre ellos alguno que construyera un muro y se mantuviera de pie en la brecha ante mí, para proteger la tierra e impedir que yo la destruyera, y no he encontrado a nadie*» (Ez 22, 30).

Se intercede porque se ama. El que desprecia al otro no intercede por él. Hoy hacen falta intercesores, y no tanto acusadores. Hay que renovar la fe en el ser humano. La intercesión es muestra de madurez, porque logra separarse del ámbito puramente egocéntrico. Es una oración limpia la que nos brinda Abraham en este episodio.

Se intercede plenamente desde dentro del pecador, desde dentro del mal, la oscuridad y el vacío que viven los hombres, no como quien se sabe a salvo, libre, con las manos limpias, sino desde el NOSOTROS Sólo así la oración de intercesión es un grito, un clamor sincero, y no una fórmula bella.

Éstos son algunos de los rasgos de la oración y actitud de Abraham, nuestro padre en la fe. Él nos obtenga de Dios una fe ardiente y viva, capaz de testimoniar esperanza; una amistad que crezca en confianza atrevida; para poder ver su rostro.

Miguel Márquez Calle, *"El riesgo de la confianza"*

La sabiduría de "La nube del no-saber"

Anímate, pues, frágil mortal como eres, y **trata de entenderte a ti mismo**. ¿Piensas que eres alguien especial o que has merecido el favor del Señor? ¿Cómo puede ser tu corazón tan pesado y tan falto de espíritu que no se levante continuamente por la atracción del amor del Señor y el sonido de su voz? Tu enemigo te sugerirá que descanses en tus laureles. Pero estate alerta frente a su perfidia. *No te engañes pensando que eres mejor y más santo porque fuiste llamado o porque has avanzado en la vía singular de la vida*. Por el contrario, serás un desgraciado, culpable y digno de lástima, a menos que con la ayuda de Dios y de su dirección hagas todo lo que está en tu mano para vivir tu vocación. Lejos de engreírte, deberás ser cada vez más humilde y entregado a tu Señor al considerar lo mucho que se ha abajado hasta llamarte aquel que es el Dios Todopoderoso, Rey de reyes y Señor de los señores. Pues de todo su rebaño te ha elegido amorosamente para ser uno de sus amigos especiales.

Te ha conducido a suaves praderas y te ha alimentado con su amor, forzándote a tomar posesión de tu herencia en su reino.

Te pido, pues, que sigas tu curso sin desmayo. Espera el mañana y deja el ayer. No te importe lo que hayas conseguido. Trata más bien de alcanzar lo que tienes delante. Si haces esto, permanecerás en la verdad. Por el momento, si quieres crecer has de alimentar en tu corazón el ansia viva de Dios. Si bien este deseo vivo es un don de Dios, a ti corresponde el alimentarlo. Ten en cuenta esto: Dios es un amante celoso. Está actuando en tu espíritu y no tolerará sucedáneos. Tú eres el único a quien necesita. Todo lo que pide de ti es que pongas su amor en él y que le dejes a él solo. Cierra las puertas y ventanas de tu espíritu contra la invasión de pestes y enemigos y busca suplicante su fuerza; si así lo haces te verás a salvo de ellos. Insiste, pues. Quiero ver cómo caminas. Nuestro Señor está siempre dispuesto. *Él sólo espera tu cooperación*.

Si deseas entrar en esta nube, permanecer en ella y proseguir la obra de amor de la contemplación, a la cual te estoy urgiendo, tienes que hacer otra cosa. Así como la nube del no-saber está sobre ti, entre ti y tu Dios, de la misma manera debes extender una nube del olvido por debajo de ti, entre ti y todo lo creado. La nube del no-saber te dejará quizá con la sensación de que estás lejos de Dios. Pero no, si es auténtica, sólo la ausencia de una nube del olvido te mantiene ahora alejado de él. Siempre que digo «todas las criaturas», me refiero no sólo a todo lo creado, sino a todas sus circunstancias y actividades: No hago excepción alguna. Tu obligación es no vincularte a criatura alguna, sea material o espiritual, ni a su situación ni hechos, sean buenos o malos. Para expresarlo brevemente, durante este trabajo has de abandonarlos a todos ellos bajo la nube del olvido.

Pues aunque en ciertos momentos y circunstancias es necesario y útil detenerse en situaciones y actividades concretas que atañen a personas y cosas, durante esta actividad es casi inútil. El pensamiento y el recuerdo son formas de comprensión espiritual en las que el ojo del espíritu se abre y se cierra sobre las cosas como el ojo del tirador sobre su objetivo. Pero te insisto en que todo aquello en lo que te detienes durante esta actividad resulta un obstáculo a la unión con Dios. *Pues si tu mente está bloqueada con estas preocupaciones, no hay lugar para él.*

Y con toda la debida reverencia, llego hasta a afirmar que es completamente inútil pensar que puedes alimentar tu obra contemplativa considerando los atributos de Dios, su bondad o su dignidad; o pensando en nuestra Señora, los ángeles o los santos; o en los goces del cielo, por maravillosos que sean. Creo que este tipo de actividad ya no te sirve para nada. Desde luego, es laudable reflexionar sobre la bondad y el amor de Dios y alabarle por ello. Sin embargo, es mucho mejor que tu mente descanse en la conciencia de él mismo, en su existencia desnuda y le ame y le alabe por lo que es en sí mismo.

Pero tú dices: «¿Cómo puedo hacer para pensar en Dios tal cual es en sí mismo?». A esto sólo puedo responder: «*No lo sé*».

Con esta pregunta me llevas a la misma oscuridad y nube del no-saber a la que quiero que entres. El hombre puede conocer totalmente y ponderar todo lo creado y sus obras, y también las obras de Dios, pero no a Dios mismo. **El pensamiento no puede comprender a Dios**. Por eso, prefiero abandonar todo lo que puedo conocer, optando más bien por amar a aquel a quien no puedo conocer. Aunque no podemos conocerle, sí que podemos amarle. Por el amor puede ser alcanzado y abrazado, pero nunca por el pensamiento. Por supuesto, que hacemos bien a veces en ponderar la majestad de Dios o su bondad por la comprensión que estas meditaciones pueden proporcionar. Pero en la verdadera actividad contemplativa has de dejar todo esto aparte y cubrirlo con una nube del olvido. Deja, pues, que tu devoto, gracioso y amoroso deseo avance, decidida y alegremente, más allá de esto, llegue a penetrar la oscuridad que está encima. Si, golpea esa densa nube del no-saber con el dardo de tu amoroso deseo y no ceses, suceda lo que suceda.

Textos extraídos de *"La nube del no-saber"*, **Anónimo inglés del s. XIV**

Es inevitable que las ideas surjan en tu mente y traten de distraerte de mil maneras. Te preguntarán diciendo:

«*¿Qué es lo que buscas?, ¿qué quieres?*». A todas ellas debes responder: «*A Dios solo busco y deseo, a él solo*».

Y si te preguntan: «¿Quién es este Dios?», diles que es el Dios que te creó, que te redimió y te trajo a esta obra. Di a tus pensamientos: «*Sois incapaces de captarle. Dejadme*». Dispérsalos volviéndote a Jesús con amoroso deseo. No te sorprendas si tus pensamientos parecen santos y valiosos para la oración. Con toda probabilidad te encontrarás a ti mismo pensando en las maravillosas cualidades de Jesús, su dulzura, su amor, su gracia, su misericordia. Pero si prestas atención a estas ideas, verás que han conseguido lo que deseaban de ti, y continuarán hablándote hasta inclinarte hacia el pensamiento de la Pasión. Vendrán después ideas sobre su gran bondad y si continúas atento, estarán complacidas. Pronto te encontrarás pensando en tu vida pecadora y quizá con este motivo te podrás acordar de algún lugar en que viviste en tu vida pasada, hasta que de repente, antes de que te des cuenta, tu mente se habrá disipado por completo.

Y, sin embargo, no eran malos pensamientos. En realidad eran pensamientos buenos y santos, tan valiosos que todo el que desee avanzar sin haber meditado con frecuencia en sus propios pecados, en la Pasión de Cristo, la mansedumbre, bondad y dignidad de Dios, se extraviará y fracasará en su intento. Pero una persona que ha meditado largamente estas cosas ha de dejarlas detrás, bajo la nube del olvido, si es que quiere penetrar la nube del no-saber que está entre él y su Dios.

Por eso, siempre que te sientas movido por la gracia a la actividad contemplativa y estés determinado a realizarla, eleva con sencillez tu corazón a Dios con un suave movimiento de amor. Piensa solamente en Dios que te creó, que te redimió y te guió a esta obra. No dejes que otras ideas sobre Dios entren en tu mente. Incluso esto es demasiado. Basta con un puro impulso hacia Dios, el deseo de él solo.

Si quieres centrar todo tu deseo en una simple palabra que tu mente pueda retener fácilmente, elige una palabra breve mejor que una larga. Palabras tan sencillas como «Dios» o «Amor» resultan muy adecuadas. Pero has de elegir una que tenga significado para ti. Fíjala luego en tu mente, de manera que permanezca allí suceda lo que suceda. Esta palabra será tu defensa tanto en la guerra como en la paz. Sírvete de ella para golpear la nube de la oscuridad que está sobre ti y para dominar todas las distracciones, fijándolas en la nube del olvido, que tienes debajo de ti. Si algún pensamiento te siguiera molestando queriendo saber lo que haces, respóndele con esta única palabra. Si tu mente comienza a intelectualizar el sentido y las connotaciones de esta «palabrita», acuérdate de que su valor estriba en su sencillez. Haz esto y te aseguro que tales pensamientos desaparecerán. ¿Por qué? Porque te has negado a desarrollarlos discutiendo con ellos.

Así, pues, has de rechazar toda conceptualización clara tan pronto como surja, ya que surgirá inevitablemente, durante la actividad ciega del amor contemplativo. Si no las vences, ellas ciertamente te dominarán a ti. Pues cuando más desees estar solo con Dios, más se deslizarán a tu mente con tal cautela que sólo una constante vigilancia las podrá detectar. Puedes estar seguro de que si estás ocupado con algo inferior a Dios, lo colocas por encima de ti mientras piensas en ello y creas una barrera entre ti y Dios. Has de rechazar, por tanto, con firmeza todas las ideas claras por piadosas o placenteras que sean. Créeme lo que te digo: un amoroso y ciego deseo hacia Dios sólo es más valioso en si mismo, más grato a Dios y a los santos, más provechoso a tu crecimiento y de más ayuda a tus amigos, tanto vivos como difuntos, que cualquier otra cosa que pudieras hacer. Y resulta mayor bendición para ti experimentar el movimiento interior de este amor dentro de la oscuridad de la nube del no-saber que contemplar a los ángeles y santos u oír el regocijo y la melodía de su fiesta en el cielo.

¿Te sorprende esto? Se debe solamente a que no lo has experimentado por ti mismo. Pero cuando lo experimentes, como creo firmemente que lo harás con la gracia de Dios, entonces podrás entenderlo. Por supuesto que en esta vida es imposible ver y poseer plenamente a Dios; pero, con su gracia y a su tiempo, es posible gustar algo de él tal como es en si mismo. Así, pues, entra en esta nube con una gran ansia de él. Q más bien, diría yo, deja que Dios despierte en ti esta ansia y arrójate a él en esta nube, mientras con la ayuda de su gracia te esfuerzas por olvidar todo lo demás.

Recuerda que si las ideas claras que surgen sin querer y que tú rechazas pueden molestarte y apartarte del Señor, privándote de la experiencia de su amor, mucho más lo harán aquellas que tú cultivas voluntariamente. Y si el pensamiento de un santo particular o de alguna realidad puramente espiritual crea un obstáculo a esta actividad, cuánto más el pensamiento del hombre mortal o de cualquier otro interés material o mundano. No digo que estos pensamientos, deliberados o indeliberados, sean malos en si mismos. Dios me libre de que me entiendas mal. No, lo que he querido decir es que son un obstáculo más que una ayuda. *Pues si buscas de verdad a Dios solo, nunca encontrarás descanso ni contento en algo inferior a Dios.*

Carta a mis hijos

En un tiempo espiral
la vida compone un mágico
tapiz con los colores
y tal como mi madre me acunaba
repite la historia sus palabras
y son mis cincuenta años
una espera continuada
sin embargo,
mis zapatos son nuevos
cada día

Y los caminos que recorro
se funden a mis pies continuamente
cerrándose las huellas a mis espaldas
quisiera regalarles mis canciones
para que vivan mi alegría
pero son mis alas y están pegadas
y no puedo arrancármelas
para entregárselas
porque de nada serviría.

Hagan crecer las suyas
y acompáñenme en este vuelo
sin alejarse jamás.
sin avanzar demasiado
podríamos no escucharnos
podría no seguirlos
y cuando pulsen la guitarra
que yo haya dejado
no canten por cantar
sino para ser canto
-simplemente canto-
como único sentido de grandeza.

Aprendan a mirar las plantas
crecer en los edificios
sentir el olor del aire cuando los invade
o la lluvia caer sobre el tejado.
Al sol creando colores
al río enhebrando con el agua intermina-
bles collares de piedra
a la tierra seca,
y al barro
a los brotes que nacen en cada primavera
a la nieve que cubre la semilla
a la rama rota del árbol
a la flor marchita
en actitud seminal
al animal en celo
o moribundo
al nido balanceándose en el viento
al pájaro asustado
a los lirios durmiendo en la laguna
a los grillos y sapos acunándolos
al gemir de la hembra al parir
al silbo del zorzal herido
al crujir del fuego
con luces y brillos danzantes

al polluelo partiendo
la cáscara de su huevo
al vuelo libre,
grácil y delicado
de la gaviota.
A las praderas hechas desiertos
y a los desiertos hechos praderas
a los árboles peleando en pantalla
con el viento
y al viento silbando entre sus ramas
al arroyo que ensancha su música
y apacienta del toro su furia
a la cresta de la ola burbujeante
compitiendo en brillo con la luna.
Y piensen que no es tarde
o que tal vez no sea demasiado tarde.
y puedan sentar en su mesa
al malvado
al justo
al sifilítico
al ladrón
al negro
y al blanco
al rico
al pobre
al mendigo
al místico
al desnudo
al héroe
al vencido
al reo
al juez
sin diferencia
sin privilegio
apretando tiernamente cada mano
y sintiendo el beso de la prostituta
y la llaga del herido
tal vez vean sus rostros en un
espejo
tal vez vean que sus voces son
las mías.

Y no digan no comprendo
solo serían los ofendidos
y por propia decisión
es preferible llorar por los ojos
del ciego
y no tener ciego el corazón.
Y pregunten siempre
-¿quién es culpable?
-¿quién el inocente?
si el humano que se cree virtuoso
en su soberbia
o el pecador que arrastra con dolor
su pecado.

No griten sus virtudes
podrían no escucharlas
y a nadie le interesarían;
lamenten sus defectos
y busquen superarlos
sin esconderlos ni esconderse
porque los de ustedes se parecen
a los míos
y eso nos acerca como iguales.

Cómo juzgar, entonces,
sin temor a ser juzgado
por mis obras y las vuestras.

Cómo decir ladrón
si yo he creado la cárcel,
cómo decir blanco
si yo he mezclado los colores,
cómo decir negro
si yo me niego a poener la luz
en mis ojos,
cómo decir prostituta
si estoy batiendo palmas
y confundiendo la pobreza con el sexo,
cómo decir malvado
si he olvidado abrir las manos
cuando me lo pidió el viento,
cómo decir héroe
si he colocado los fusiles
mirando al cielo,
cómo decir rico
si he llenado las manos,
la boca y el estómago
para que no pueda acariciar
besar, o sentir al hijo en sus entrañas
cómo decir desnudo
si yo me puse su ropa
para bailar en sociedad.

Cómo decir justicia o libertad,
cuando mis alas están intactas
porque no he dado de ellas
una sola pluma

y al hachar el árbol
primero vean sus raíces
y cuando ofendan
lloren con el alma del ofendido
porque quien es opresor en sus actos
es el ofendido en su espíritu.

Es tan importante aceptarse
como aceptar
porque la única forma de entender
a los demás
es entendiéndose a sí mismo
-con fidelidad-

Sepan decir siempre

- ¡Soy el que soy!
sin engrandecer las virtudes
sin ocultar los errores
porque en el barro nacimos
y del error nuestro dolor
y del dolor nuestra grandeza.

No teman ser egoístas
al retener la vida para sí.

Carta a mis hijos

Luis Grenni

No teman ser generosos
porque la razón y el sentido de nuestra
existencia es el dar
y nadie puede dar lo que no ha sido
capaz de retener.

Busquen en el ser
la esencia del poeta
y no teman ser soñadores,
si un modelo tengo que darles
para vivir
es el de no tener ningún modelo
y si algún hábito debo sugerir
es la de no tener hábitos
cuando entiendan esto
encontrarán que sin modelos
y sin hábitos
el tiempo presentará nuevas dimensiones
y los relojes no podrán marcar el ritmo
de vuestras vidas.

El camino conocido es
el más fácil y seguro
y el que se recorre en menos tiempo
pero el hacer el camino es la riqueza del
caminante
y éste tendrá luces y colores nuevos en
cada paso,
Vivan en creatividad permanente
renaciendo a cada instante
de una forma nueva
y cuando el viento los derribe
pónganse de pie para crear
el viento contrario
con renovada fuerza
una y mil veces.
-Los árboles prueban su vigor
en los inviernos.-

Sean los poetas de la vida
los permanentes creadores
y rían a mandibula batiente
cuando los circunspectos realistas
vengan a recoger vuestros sueños
como único forma de descubrir
su propia vida.

Y recuerden siempre
que el realista vive y se alimenta
con el sueño de los poetas.
Dios ha creado el mundo con su poesía
y ha hecho un pacto de común-unión
con el hombre para recrearlo
permanentemente
hacia el hombre libre.

No se detengan nunca a pensar
o reclamar
lo que han logrado,
lo que fue es el pasado
y ustedes están en el camino
del presente
hacia el futuro.
Y si miran para atrás
no podrán ver el sol
y sólo verán sus propias sombras.

El tener nada significa
porque no da valor de cierto
ya que la dimensión de la pobreza
no la da lo que se tiene
sino lo que se desea
y no vale el hombre por lo que posee
sino por lo que es capaz
de alcanzar mañana.

El pan de vuestra mesa
deberá tener el sudor de lo sembrado
y la casa en la que habiten
deberá construirse con el
árbol que hayan plantado.

La inocencia y la ingenuidad
son los motores de la creatividad
y no se preocupen por perderlas
es la candidez y el asombro
lo que dará luz a vuestro entorno.

No fijen límites ni esperen resultados
de sus acciones:
busquen la acción como forma
de expresión del sentimiento
y con una línea muy marcada;
la del amor en cada acto
sin esperar tributo
porque no sería amor
sino un trueque desesperado
sin respuesta.
Sean dignos del amor
y no quieran encausar su curso
pues, es él, el que marcará el vuestro
y no confundan amor con posesión
porque toda flor se marchita en el calor
de la mano.

Y cuando el amor los llame
viajen hacia él desnudos
sin buscar la paz ni el goce
porque de la misma forma
en que los purifica y enaltece
los hiere y los desgarra
El árbol que se poda,
tiene sus mejores flores
y la semilla se rompe
para dar el nuevo brote.
El amor es sólo eso
el pleno deseo de realizarse.
Y no lo confundan jamás con el placer
porque éste es sólo su goce
y no su plenitud.
Un grito,
y no una canción.
Una fragancia
pero no un fruto.
Un brote temporal que puede pertenecer
o no a la primavera.

Amor y placer son consecuentes
no nieguen ni a uno
ni a otro.

Al placer sólo en el amor
como un jardín en flor cuya fragancia
nos envuelve para quedarnos en la
canción de primavera y florecer
con un grito hasta el fruto mismo
que se entrega a quien lo llame.

Cuando elijan compañero
no hagan con él una cadena
permitan que el aire vibre libremente
entre los dos
que cada uno sea uno
y brille con luz propia
y juntos iluminen la tarde
con mayor intensidad y compartan
la alegría de los colores creados,
que cada uno ría con su propia risa
y el espacio sea una carcajada plena.

También en esto deberán crear
ser poetas, soñadores,
porque el amor entre dos seres
es una creatividad constante
que debe modelarse día a día
sin hábito ni rutina.

Cada rosal puede ofrecer una rosa
distinta cada mañana
y esa es su belleza
y permanencia.

En esta guitarra mía
tengo seis cuerdas;
cada una estremece el aire con su
propio sonido
y juntas arman melodías
y cantos infinitos.
Puedo pulsar una y mil notas
y siempre surge nueva
con su boca de madera
y sobre todo recuerden que del amor
nacimos en el acto más sublime
de creatividad.

Si viajan por el mundo
no lo recorran caminando,
podrían demorarse y ver muy poco;
tampoco lo hagan corriendo,
podrían llegar a no entenderlo
en el apuro.

Nunca lleven pesadas valijas
vivirán pendientes de ellas
y la carga limitará sus fuerzas
y sólo servirá de ancla.

Existe como frontera la luz arriba
y la oscuridad abajo
elijan siempre una
pero no desechen la otra
porque los dos son vuestra carne.

¿No les llama la atención que Jesús, tan fervoroso, tan unido a su Padre, no organizara nunca ninguna clase de culto a Dios? Sin embargo ¿qué otra cosa hacía Jesús en su vida sino dar culto a Dios?

Louis Evely

"DERECHO VIEJO"

a la evolución destino del hombre

Lejos del mundo. Cerca de los hombres

"Gloria Dei, homo vivens" (La Gloria de Dios es el hombre viviente)

Un periódico para pensar

Periódico mensual. Director Dr. Camilo Guerra. Almafuerte 2629 Castelar (Bs. As.) T.E. 4629-6086 / 3089. - Diseño y diagramación propios. - Coordinación y publicidad: "Derecho Viejo" Producciones. - Registro de la Propiedad Intelectual Nº 2.365.486. Impreso en: PRINCASTEL 4629-2562 - Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

"En el evangelio no se dice en ningún momento que Jesús estableciera tiempo de oración para sus apóstoles... porque constantemente estaba enseñándoles a orar"

Louis Evely

Un mundo sin problemas

Escribe:
Dr. Sebastián Guerra

¿Dijo problemas?

Muchos de nosotros vivimos resolviendo o intentando resolver problemas. Aplicamos gran parte de nuestras existencias, sino todas, a encontrar soluciones concretas, prácticas, aplicables a cada uno de los conflictos que la vida comunitaria genera.

En muchísimas ocasiones el mundo parece cernirse sobre nosotros amenazante, sombrío, dramático, horroroso; no son pocas las veces en las que uno se pregunta cómo demonios han venido a instalarse en su vida tanta o tan diversa cantidad de problemas o áreas problemáticas sin uno así haberlo querido -o autorizado- en lo más mínimo, pero ¿es esto realmente así?

Por empezar sería muy útil cuestionar la naturaleza de los problemas por los que atravesamos… ¿no notamos ciertas repeticiones significativas?

En mi rol de abogado, la atención de casos y conflictos interpersonales, y las personas que los traen se renuevan todo el tiempo, no obstante también es muy frecuente que haya ciertos clientes que acuden continuamente con una dificultad tras otra: "el vecino me hizo tal macana", "el almacenero le vendió en mal estado", "el auto lo arreglaron mal", "está seguro que la esposa lo engaña", "el hermano se quiere quedar con todo lo de la herencia", etc. etc.

Lo notable es que en la mayoría de los casos aun no patológicos -o aun no seriamente patológicos, al menos- el individuo no es capaz de recapacitar sobre cómo esto está ocurriéndole. En general se endilga a la casualidad, a la mala fortuna, al azar, la ocurrencia de todos estos aconteceres… al hecho de haber sido "demasiado bueno", "demasiado confiado", "demasiado inocente"… cuando lo cierto es que la buena fe no es –ni debe ser- ciega, ni obtusa, sino abierta y plenamente consciente.

No piense el lector, sin embargo y ni por un segundo, que todo lo dicho ocurre sólo en el despacho del abogado, esto es meramente ejemplificativo de lo que ocurre en el seno de la familia, en las relaciones laborales, societarias, institucionales. Vivimos de repetición en repetición. Recaemos sistemáticamente en el pensamiento (expresado o no hacia afuera de nosotros) del "todos me joroban", "yo hago todo bien y los demás lo hacen todo mal", "todo el mundo está en mi contra", o "no tengo otra posibilidad, no puedo hacer otra cosa que la que hago"...

Nos repetimos sintomáticamente, nos repetimos sin percibir esa repetición sino tan solo experimentando los problemas que están en el cascarón, en la superficie… a veces limitándonos a padecerlos, a veces llegando a solucionarlos… para que otros –sistemáticamente- aparezcan en su reemplazo.

Todo esto ocurre en un círculo que en apariencia está cerrado, en el que no parece haber otra posibilidad que la de seguir dando vueltas… hasta que un día, de repente, gracias a "algo" (un pensamiento espontáneo, una charla, un libro, o la clara analogía con uno mismo en la percepción de un otro, etc.) nos damos cuenta!

En algún punto, un día cualquiera que puede ser hoy, en lugar de quejarnos de "cómo se repite el otro", o de "cómo son las cosas" logramos comprender nuestro propio ballet existencial.

Cuando al fin somos capaces de esto último, de vernos… cuando podemos lograr algún grado de autoconsciencia, se nos torna –inicialmente- irritante, sobre todo porque empezamos a ver lo atrapados, asfixiados y sometidos que estamos… todo lo que creíamos que hacíamos libremente en realidad era una danza cuyos pasos estaban previamente coreografiados por una serie inmensa de programaciones que nunca elegimos, y que vienen –además- siendo eficientes en nosotros desde nuestro nacimiento por lo que nos resulta una titánica tarea el sólo pensar en cómo escapar.

Huir de nuestra programación sería cómo pretender levantarse un dominguito, hacerse unos mates y -en pantuflas y pijama- comenzar a escalar el helado Everest. No podemos simplemente huir de algo que -en tan gran medida- conforma nuestra identidad yoica, pues estaríamos pretendiendo "zafarnos" de nosotros mismos.

Sin embargo, la buena noticia es que cuando somos capaces de "vernos" realmente, de entender cómo están operando en nosotros todas esas escenas y repeticiones, vez tras vez, una tras otra, comenzamos a curarnos solos… la lente de la auto observación consciente, no valorativa, tiene esa hermosa cualidad curativa en tanto no la empañemos con el moho de la culpa o la revancha. Uno mismo se transforma en artífice, en creador de su propia puerta de salida del laberinto que momentos antes parecía una infinita banda de moebius.

Por supuesto, la vida podrá ponernos en aviso de nuevos problemas pero estos corresponderán a otros circuitos, inexplorados aún, y contaremos cada vez con más herramientas, aprendizajes y estrategias para construir la más adecuada y ajustada salida de cada uno de ellos… avanzaremos, mejoraremos en nuestra coexistencia con los demás e interiormente seremos cada vez más conscientes de nosotros mismos, por lo que cada vez estaremos mejor.

Con todo, lo más importante y aquello que algún día llegaremos a elucidar a consciencia plena, es que nunca hizo falta escalar este Everest, sino saber que él jamás tuvo substancia; que toda esa montaña de problemas no ha sido –desde siempre- más que una ilusión… cuando comprendamos esto se derrumbarán los Himalayas completos ante nuestros ojos sin necesidad de dar un solo paso.

Mensaje de *Derecho Viejo*

Al borde del camino hay una rosa. ¡Qué hermosa es!
La observamos y seguimos nuestro caminar. Siempre seguimos.
Hemos des-aprendido a tomarnos tiempo. Sin embargo cuando uno se para a escuchar, es cuando podemos ser encontrados por lo intemporal en el tiempo, el Ser esencial más allá de la rosa y de las cosas.

K. G. Dürckheim

Nacer y morir es el modo de respirar de Dios

1) Nuestra existencia parece estar hecha de preocupaciones inútiles, y de un continuo e increíble ajetreo que, con el paso del tiempo va desarrollando su propia legitimidad; al final no sabremos parar. Igual que el aprendiz de brujo que no pudo sujetar lo que él mismo había llamado. Estas preocupaciones inútiles y este constante correr, ahogan nuestra verdadera vida.
2) Al ingresar en lo espiritual, en lo místico, nos daremos cuenta del vacío que hay detrás del ajetreo; entonces a algunos les parecerá aburrido, a otros le resultará ridículo. Estos momentos que nos acercan a la vida, nos llevan a la pregunta: ¿cuál es la razón de estar aquí en la tierra?
3) **Entrenarnos en** intuir la inconstancia, la falta de perdurabilidad; nada es estable, antes o después todo perecerá.
4) **Entrenarnos en** ver cómo estamos apegados, en cómo corremos tras las ideas, en cómo nos atormentan nuestros miedos.
5) Vivir significa utilizar las cosas, querer a las personas, disfrutar de ambas, y **también ser capaces de prescindir de ellas.** Inconstancia significa evolución, y en consecuencia, perfección de la creación. Unicamente seremos criaturas plenas cuando experimentemos la inconstancia como la felicidad de la vida. Para alguien no iniciado esto sonará a masoquismo, pero es la verdad. Entrenarnos en ver a la muerte con una alegre perspectiva.
6) La naturaleza nos ayuda con sus ejemplos de inconstancia: los árboles florecen, las hojas caen, los atardeceres vienen y van, el mar sube y baja, de los desechos vuelve a brotar la vida. Sin la muerte y la destrucción no podría haber vida nueva. **Nacer y morir es el modo de respirar de Dios.**
7) La transformación básica del mundo no ocurrirá gracias a un nuevo sistema social, sino por la transformación del individuo. Quien realmente desea cambiar al mundo, no confía en ningún especialista. Cambiará quien se sale del sistema social, venciendo la codicia, el afán de lucro y las ansias de poder. Se transformará quien salga del sistema religioso, practicando la conversión hacia adentro, buscando en su interior, no en el templo externo. Hemos preferido colocar a Cristo en un altar, en vez de llevar a cabo en nosotros la transformación que Él ejemplificó, porque el camino de la metanoia (transformación), es largo y penoso; nos enfrenta con nuestra sombra y con todo lo negativo.
8) La transformación del mundo empieza por mi transformación.

Willigis Jäger